



Colabora:



27ª Premio de cuentos Fundación Mainel

Relatos que inspiran

27º Premio de cuentos Fundación Mainel



El mundo que quieres



La **Fundación Mainel** es una institución privada, independiente y sin ánimo de lucro, que trabaja por las personas desde 1990 principalmente en dos ámbitos de actuación: cooperación al desarrollo y cultura.

El Premio de cuentos Fundación Mainel se creó en 1997 con el fin de promover la **creatividad literaria** entre los escolares y la reflexión en torno a temas vitales como la **solidaridad**, los **derechos humanos** o el respeto al **medioambiente**.

www.mainel.org

XXVII PREMIO
DE CUENTOS
FUNDACIÓN MAINEL

El mundo que quieres

Valencia, octubre de 2024

Diseño de cubierta: ;) **Claudiasabeh**

© Fundación Mainel, 2024

Porta de la Mar 6, 2º – 8ª. 46004 Valencia

Tel.: 96 392 41 76

fundacion@mainel.org

www.mainel.org

ISBN: 978-84-95947-48-2

Depósito legal: V. 3526-2024

Imprime: Imprenta Nácher, S.L.

Índice

Presentación	07
Fallo del Jurado	09
1ª Categoría (11-13 años)	
<i>Tres reyes no tan magos</i>	11
Lucía López-Abadía	
<i>Nunca te rindas</i>	27
Paula Rosique Lucas	
<i>Dick y yo</i>	43
Vega Valbuena de Prado	
2ª Categoría (14-16 años)	
<i>La tragedia que nos une</i>	51
Inés Navarro Feliu	
<i>Cuidado con los deseos... que a veces se cumplen</i>	61
Max Löwegrün Chavero	
<i>Mi abuela</i>	71
Xisco Seguí Seguí	
3ª Categoría (17-18 años)	
<i>Nunca he estado sola</i>	81
Carlota Rodríguez Huesoa	
<i>El camino a la esperanza</i>	93
María Isabel Castillo Navarro	
<i>Un abrazo, un poema y un beso</i>	107
Rocío Iborra Palacios	

Presentación

Me pongo delante de un folio en blanco con el objetivo de juntar unas letras para la presentación de este libro del Premio de cuentos Fundación Mainel “El mundo que quieres”. Y pienso, y lo primero que se me viene a la cabeza es una canción de un cantautor español, Álvaro Fraile, también maestro de secundaria, Anda... levántate y anda, que dice: “no tengas miedo, tú no te rindas, no pierdas la esperanza (...) no dejes que envejezca un solo sueño cosido a alguna almohada”.

Este mensaje se parece mucho a uno del Papa Francisco en la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) de Lisboa, con el verbo levantarse en el centro de todo. Una expresión que adquiere también el significado de “despertar a la vida”, como explicó el pontífice, que, además, preguntaba: “Queridos jóvenes, ¿qué “prisas” los mueven? ¿Qué les hace sentir el impulso de moverse, tanto que no pueden quedarse quietos?”.

Me produce una enorme satisfacción ver en estos relatos que vosotros y vosotras, jóvenes participantes, os habéis levantado ya, os habéis movido. Habéis levantado la mirada, el ánimo y el corazón, habéis reflexionado y os habéis atrevido a contarnos los asuntos que os preocupan, y que deberían preocuparnos o, como mínimo, ocuparnos, a las personas adultas. Gracias.

Mi más sincera felicitación por vuestra participación. Y, por supuesto, felicidades a los seleccionados cuyas narraciones conforman este libro, uno de los más especiales que tenemos la oportunidad de leer cada año.

Jorge Sebastián Lozano
Presidente de la Fundación Mainel

Fallo del Jurado

El jurado compuesto por Antonio Egea Vivó, periodista y exdelegado de Iberdrola en la Comunitat Valenciana; Pedro Muelas, periodista y exdirector de Levante-EMV; Lurdes Bretones, periodista; Juan Carlos Rodríguez, periodista; y Cristina Celda, directora de la Fundación Mainel, ha anunciado los relatos ganadores de esta edición.

1ª Categoría (11-13 años):

Primer Premio: Lucía López-Abadía
Colegio Vizcaya (Bilbao)

Segundo Premio: Paula Rosique Lucas
Colegio de Fomento Nelva (Murcia)

Tercer Premio: Vega Valbuena de Prado
I.E.S. Lancia (León))

2ª Categoría (14-16 años):

Primer Premio: Inés Navarro Feliu
Colegio Guadalaviar (Valencia)

Segundo Premio: Max Löwegrün Chavero
Centro educativo Zola, Las Rozas (Madrid)

Tercer Premio: Xisco Seguí Seguí
CC. Pureza de María Inca (P. Mallorca)

3ª Categoría (17-18 años):

Primer Premio: Carlota Rodríguez Hueso
Colegio Guadalaviar (Valencia)

Segundo Premio: M^a Isabel Castillo Navarro
Colegio Guadalaviar (Valencia)

Tercer Premio: Rocío Iborra Palacios
Escuelas San José (Valencia)

1ª Categoría

TRES REYES NO TAN MAGOS

Lucía López-Abadía

Érase una vez, en un lugar remoto del desierto se encontraban Melchor, Gaspar y Baltasar, más conocidos como los Reyes Magos, en su pequeño taller. Era una casita invisible para las personas normales; en época navideña siempre estaba muy desordenada. Había juguetes y mucha ropa por todas partes, cartas abiertas y sobres encima de las mesas. Estaban leyendo las cartas de todos los niños del mundo una a una, la mayoría pedían juguetes, juegos, peluches, balones y ropa. Hubo dos cartas en especial que les llamaron mucho la atención, las dos venían del mismo pueblito: Bambuti.

Bambuti era un pueblo muy pequeño cerca de la República del Congo. Era un pueblo muy pobre y de escasos recursos. La mayoría de los niños y niñas no tenían para comer todos los días,

pero una gran cantidad de ellos se consideraban a sí mismos niños muy felices, a pesar de no tener prácticamente nada. Tenía algunas casitas y cabañas, un pequeño colegio, alguna tiendita, un parque en bastante mal estado y estaba rodeado de desierto por todas partes, pero había una cosa que les diferenciaba del resto de pueblitos de la zona: justo al lado había una enorme mansión. Esa mansión era cinco veces más grande que el resto de casas del pueblo juntas, con dos piscinas, un jardín enorme, mayordomos y sirvientes, un helipuerto y más de diez coches en el garaje. Era la mansión de los Mirren.

Una de las cartas que tanto les sorprendió a los Reyes Magos fue la de Ana, la hija pequeña de Eduardo Mirren. Las dos hermanas Mirren, Ana y Valentina, solían pedir cosas extravagantes a los Reyes, como zapatos de millones de euros, vestidos de diseñador, bolsos carísimos... Pero esta vez fue muy diferente. Bueno, igual no tan diferente. Sí que había pedido lo de siempre, pero al final de la carta había un deseo. Ponía “sé que pido mucho, queridos Reyes, pero he sido una niña muy buena este año y me lo merezco: deseo ser la niña más rica y más guapa de este mundo, pero aparte de eso, quiero que los niños y niñas pobres y negros dejen de existir. Muchas gracias Reyes. Firmado: Ana Mirren”.

—Esta niña ha sido de todo menos buena —murmuró Melchor.

—No se merece nada de lo que ha pedido, y mucho menos el último deseo —respondió Gaspar.

—¿Cómo se le puede ocurrir que le íbamos a conceder tal deseo? —añadió Baltasar, bastante enfadado.

—Voy a escribirle una carta de vuelta diciéndole que no va a recibir nada de lo que ha pedido, y que se va tener que portar muy bien este año para que el siguiente reciba regalos —dijo Gaspar, finalizando la conversación.

Unos días después de mandar la carta a Ana, alguien tocó a la puerta del taller. Los Reyes se quedaron de piedra, ya que ningún humano podría ver ni tocar la casita. Unos segundos más tarde decidieron abrir, y lo que se encontraron al otro lado de la puerta no les hizo ninguna gracia. Ahí estaba, frente a ellos, el mago más poderoso del mundo y, por su cara, no tenía ningunas ganas de hacer amigos. Al siguiente segundo les había encerrado en una especie de jaula.

—¿Qué quieres de nosotros? —Preguntaron a la vez.

—Me manda Mirren. Dice que si no cumplís los deseos de su hija, ningún niño va a tener regalos de Navidad nunca más. Tenéis hasta el seis de enero para pensarlo. Ahí lo dejo—. Y, después de decir eso, desapareció como si nada.

Los Reyes no sabían qué hacer, era una decisión muy difícil de tomar. Finalmente, decidieron esperar un poco a ver si cambiaba algo.

La otra carta tan sorprendente era de Asha, una niña de doce años que no tenía nada más que un hermano de cinco años, al que tenía que cuidar, y a su padre, que trabajaba de lunes a viernes en la mina de otro pueblo para poder pagar los estudios de Asha y su hermano. En la carta lo único que pedía era paz mundial y que todos fuéramos tratados por igual.

La vida de Asha no era la más fácil del mundo. Se levantaba a las cuatro y media de la madrugada para traer agua para su her-

mano y ella, luego preparaba el desayuno para los dos, dejaba a su hermano en clase e iba a las suyas. Al salir, iba a buscarlo y lo llevaba a casa, hacía los deberes y la cena. Cuando su hermanito ya estaba acostado, salía un rato con sus amigos.

Un día cualquiera, como todos, estaba caminando por el desierto de madrugada hacia el pozo de agua. Ese día había un amanecer precioso y fue a lo alto de una duna para apreciarlo mejor. Desde allí arriba vio algo que nunca antes había visto: una jaula muy brillante con tres personas dentro. Al lado de la jaula estaba escrito S.O.S. en la arena. Asha no sabía si acercarse o no. Al final bajó la duna y desde cerca reconoció enseguida a los tres hombres que estaban dentro.

—¿Melchor? ¿Gaspar? ¿Baltasar? —dijo con voz temblorosa.

—Sí, lo sé. Es muy rara esta situación —añadió Melchor, después de un largo suspiro.

—¿Qué hacéis ahí encerrados si falta menos de un mes para el día de Reyes? —preguntó Asha un poco más tranquila.

—Verás...

Después de que le contaran toda la historia, Asha estaba atónita. Sabía perfectamente cómo era Ana, la niñita super perfecta, rica, guapísima, de pelo rubio y ojos azules. También sabía que era muy mala persona y que disfrutaba haciendo sufrir a la gente, pero nunca habría creído que fuera para tanto. Desear la muerte al 99% del pueblo en el que vives es cruel, muy cruel.

Tenía que ayudar a los Reyes Magos, por ella y por el resto de los niños del mundo. Pero ¿cómo? Era una niña de 12 años, ¿qué

se supone que podía hacer? Asha era una niña de pocos recursos, pero era muy lista. Algo se le ocurriría.

Al final recogió el agua del pozo y la llevó a su casa. Llevó a su hermano a su aula infantil y fue a sus clases, como siempre, aunque no prestó atención en todo el día. Estaba demasiado ocupada pensando en cómo podía ayudar a los Reyes Magos. Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando escuchó algo que le sacó por completo de la nube en la que estaba. Era la voz de esa niña, Ana, hablando con su secuaz Amara.

Amara era de un color un poco más claro que el resto de compañeros porque su madre era de Bambuti, pero su padre era francés; claro que no llegaba al blanco perfecto de Ana, pero se le parecía bastante. Era considerada la más guapa del colegio, lo cual a Ana le daba muchísima envidia. Siempre que alguien halagaba la belleza de Amara, Ana añadía algo para dejarla por debajo de ella. Les llamaban las doble “A”, no se separaban para nada, aunque, a decir verdad, no era una amistad sana, pues Amara era más bien la esclava de Ana, su perrito faldero.

—Verás qué bien nos va a ir cuando los Reyes cumplan mi deseo —dijo Ana, con su clásico tono arrogante.

—Sí, ojalá se cumpla —respondió Amara, aunque sabía que no le haría ninguna gracia porque toda su familia de parte de madre era de raza negra; y ella lo sabía.

—¿Qué has pedido? —preguntó un niño de la clase que babeaba por esas dos.

—No es nada que un pobre como tú pueda entender, ¿sabes? —dijo entre risas.

—Sólo con saber que tienes que ir a por agua cada mañana ...
—añadió Amara, chocándole el puño a Ana.

Eso le dio una idea a Asha. Esa noche iba a hacer algo bastante ilegal, sabía que por la noche solo había 3 guardias en la puerta de la mansión Mirren y dos mayordomos. Esos 3 guardias eran muy amables y solían ayudar a la gente del pueblo cuando había problemas. Esa madrugada se levantó decidida. Se plantó enfrente de los guardias y suplicó:

—Por favor, ayudadme a encontrar a mi hermano. Estábamos yendo a por agua y de repente ha desaparecido. No sé dónde está, está solito en medio del desierto— se inventó Asha mientras sollozaba falsamente. —Estoy agotada de tanto buscarle...

—Asha, tranquila, le vamos a encontrar —y acto seguido salieron a buscarle.

Vale, ya tenía vía libre para entrar en la casa. Era de madrugada y estaban todos dormidos, se acercó sigilosamente a la depuradora de agua y cortó un par de cables. Con eso no tendrían agua potable hasta que lo arreglaran, seguramente en días. El acceso al pueblo era complicado y la ciudad más cercana estaba lejísimos. Faltaba la parte complicada: convencer a los mayordomos para que fuera Ana quien tuviera que ir a por el agua al pozo. Asha quería que Ana aprendiera lo difícil que es la vida sin tener un padre millonario que te compra todo.

Se acercó a la habitación de los mayordomos, rezando para que funcionase. Abrió la puerta muy despacio para no asustarles.

—Ana o Valentina, sea lo que sea que quieres, puede esperar a que sea de día —murmuró uno de ellos.

Al ver que no respondía nadie, encendieron la luz.

—¿Asha? ¿Cómo has entrado aquí y por qué? —dijo el otro al ver a Asha en la puerta.

—Supongo que no me vais a creer, pero escuchadme, por favor.

Después de contar todo lo que había pasado los últimos días, como era evidente, no le creyeron y dijeron que no se inventara más. Asha les suplicó que le creyeran y que si querían les podía llevar a la jaula de los Reyes. Al final les tuvo que enseñar la jaula desde lejos, porque le habían pedido que no dijera nada a nadie.

—¿Pero por qué querría eso Ana? —preguntó Mandla, que así se llamaba uno de ellos.

—No lo sé, pero hay que impedirlo como sea. Vosotros inventaos lo que sea para que tenga que ir ella.

Ese mismo día en clase, Ana apareció sin maquillar, lo que le dio la pista a Asha de que había funcionado. Supuso que no le habría dado tiempo porque había ido al pozo.

—¿Qué pasa, Ana? ¿Tu maquillador personal no ha venido hoy? —ironizó una amiga de Asha.

—Para tu información, me maquillo yo solita. Y lo que ha pasado es que alguien ha estropeado algo del agua y he tenido que ir hasta ese maldito pozo, porque mis mayordomos tenían que ir a la ciudad. —Respondió Ana con un tono no muy feliz.

Había funcionado. Solo faltaba la parte más arriesgada del plan, hacerse amiga de la niña menos amigable del planeta Tierra. Al salir de clase, paró a Ana para hablarle.

—Ana —dijo Asha firmemente, aunque en verdad le estaban sudando las manos. Ana la miró y levantó las cejas, extrañada —
¿Podemos hacer un trato?

—¿Un trato? —dijo Ana, frunciendo el ceño.

—Sí, yo te llevo tres jarras a tu casa a primera hora y tú me ayudas por la tarde con el examen de Biología —mintió. Llevaba genial el examen de Biología, pero era lo único que se le había ocurrido para poder pasar más rato con ella.

A la mañana siguiente, le llevó las tres jarras a su casa, como había prometido. Cuando se las dio, le sonrió por primera vez en su vida. El plan iba muy bien. Después de clase, tocó el timbre de la mansión. Le abrió Valentina. Era unos años más pequeña que Ana y estaba igual de mimada que ella, pero por lo que Asha tenía entendido era muy maja con todos.

—Hola, ¿está tu hermana? —dijo Asha.

—Hola, Asha, sí, está en su habitación. Te acompaño, ven—
respondió Valentina.

—Gracias, Valentina —respondió Asha. Le había sorprendido bastante que le hubiera llamado por su nombre, aunque, a decir verdad, todo el pueblo se conocía de vista.

Tocó a la puerta de la habitación y entró. Estuvieron toda la tarde estudiando y hablando sobre Biología. Para la sorpresa de Asha, Ana estaba siendo muy maja con ella e incluso hizo alguna que otra broma. Llevaban más de una hora estudiando y Ana le ofreció parar un poco a merendar.

Mientras Ana iba a por comida, Asha observaba la habitación. Había muchísimas fotos con una mujer, que no sabía quién era,

pero le sonaba muchísimo. También había fotos con su hermana de pequeñas, pero no había ni una foto de su padre, lo cual era bastante raro. Ana llegó con la merienda, ¡en esa bandeja había demasiada comida!

—No puedo aceptarla, es mucha comida —dijo Asha, cuando Ana apoyó la bandeja en el escritorio.

—Ya, bueno, es que no sabía qué te gusta, así que he traído de todo —dijo Ana.

—Eso es lo que como yo en dos días, no lo puedo aceptar— añadió Asha, sorprendida de que le estuviera tratando tan bien.

—¿Cómo vas a comer eso en días? —preguntó Ana. —Me has caído genial, le voy a decir a Mandla que prepare algo de comida para que te llesves a casa, y de esto come lo que tú quieras.

Después de darle las gracias como cien veces a Ana, se pusieron a merendar y tuvieron un largo silencio incómodo, así que Asha decidió romperlo.

—Por cierto, ¿quién es la chica que sale en las fotos? —preguntó intrigada.

—Es mi madre —murmuró Ana, con la mirada clavada en el suelo.

—Si no es de mala educación preguntar— Asha no quería fastidiarla ahora, pero tenía mucha curiosidad —¿dónde está?

—Pues... —dijo, después de tragar saliva y estar unos segundos callada.

—No hace falta que lo cuentes, si no quieres.

—No importa, murió hace cuatro años, de una parada cardiaca. Y como en este pueblucho no hay nadie que sepa hacer nada, pues los médicos no hicieron nada —dijo con el tono que solía usar y no con el que había usado esa tarde.

—Lo siento muchísimo por tu madre —dijo Asha, mientras le acariciaba la mano con cuidado porque la estaba apretando tanto que se estaba clavando sus uñas acrílicas. La caricia suavizó su expresión — pero ¿es por eso por lo que odias a la gente pobre?

—Sí —susurró, con lágrimas en sus ojos.

—¿Tanto como para desearnos la muerte? —preguntó Asha.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo he preguntado primero.

— Si no viviéramos aquí, mi madre estaría viva y yo sería feliz. Si mi madre murió por vosotros, vosotros podéis morir por ella —dijo llorando y apartando la mano de Asha.

—¿Y por qué vivís aquí?

—Porque, aunque mis abuelos eran de Inglaterra, mi madre nació aquí y se quedó a vivir. Mi padre fundó su famosísima empresa en la capital y ya no podemos irnos, por desgracia.

—Si tu madre se quedó aquí será por algo.

—No quiero que sigas aquí. Vete, llévate la comida que está en la encimera y no vuelvas a hablarme.

Asha no sabía qué hacer ahora. La había pifiado, pero por lo menos lo había intentado. Ana no quería que le hablara y, proba-

blemente, ahora tenía menos ganas aún de retirar el deseo. Al pasar por delante de la panadería se le ocurrió algo: la panadera, Sade, era la persona más chismosa del pueblo; lo sabía absolutamente todo sobre todo el mundo.

—Hola, Sade —dijo Asha, entrando a la panadería.

—Asha, si no vas a comprar nada, vete —dijo la panadera, tajante. No era la primera vez que Asha entraba solo a preguntarle cosas.

—Está bien, dame una baguette —dijo, dándole sus últimas monedas. Si no funcionaba, no sabía qué hacer dentro de unos días para comprar comida.

—Muy bien, toma. Ahora siéntate y cuéntame. —le dijo Sade de mejor humor. Después de que le contara lo que había pasado, añadió. —Quieres saber cosas sobre la madre de Ana, ¿no?

—Sí, dime todo lo que sepas.

—Aunque te cuente todo, no creo que consigas nada. Esa niña es muy obstinada. —murmuró.

Le contó que la madre de Ana siempre había sido muy risueña, y que todo el mundo la quería mucho. Era muy amable y siempre ayudaba a todo el mundo sin pedir nada a cambio. Le encantaba la gente de este pueblo y utilizaba casi todo su dinero, que no era poco, en reformar casas, mejorar el colegio... Sade no entendía cómo Ana podía ser su hija. Asha dio las gracias a Sade y se fue a casa porque su pobre hermano llevaba más de tres horas solo.

Al día siguiente, después del examen de Biología, que, por cierto, le salió genial gracias a Ana, paró a Ana en los pasillos.

Ana le recalcó que no quería hablar con ella, pero Asha podía ser muy persuasiva cuando quería y al final la convenció.

—Tienes un minuto antes de que llame a mis guardias y te metan una paliza.

—¿Sabes por qué tu madre siempre se quedó en el pueblo? —preguntó Asha.

—Sí, porque era tonta, ¿algo más? —respondió Ana, no muy por la labor de mantener una conversación.

—Tu madre no era tonta, simplemente amaba este pueblo y a su gente. Yo no la conocía, pero he investigado y fue la que hizo el colegio y la mayoría de las casas y tiendas. Fue quien transmitió antiguas tradiciones a las siguientes generaciones. Tu madre prácticamente creó este pueblo, ¿crees que estaría contenta si supiera que lo quieres deshabitar? Un pueblo sin gente es solamente un grupo de casas —dijo Asha, casi sin respirar. Este discurso lo tenía planeado desde la noche anterior.

—No sé, nunca había pensado en eso. Solamente sé que mataron a mi madre.

—Ana, nadie ha matado a tu madre. Por lo que me han dicho hicieron lo que pudieron y más para salvarla porque todo el mundo la quería un montón. Tu madre solo va a morir de verdad si mueren los que la recuerdan con tanto aprecio y cariño.

—Asha, estaba muy equivocada —dijo llorando— mi madre no querría esto, no lo querría. Lo que mi madre querría es que siguiera sus pasos, que ayudara a quien lo necesitara. ¡Perdón! ¿Cómo puedo solucionarlo?

—Ven conmigo —dijo Asha, a punto de llorar de la emoción.

Fueron hasta la jaula y hablaron con ellos. En cuanto Ana pronunció las palabras “me arrepiento de haber deseado eso”, la jaula desapareció, los Reyes dieron las gracias a Asha y desaparecieron. Durante las siguientes semanas, Ana hizo más amigos de los que había hecho en los anteriores años e hizo favores a todo el pueblo. La mañana del 6 de enero todos los niños del mundo recibieron sus regalos. Pero Ana recibió el mejor de todos: aprendió que da lo mismo la clase social o el color de tu piel, que todos somos iguales.

NUNCA TE RINDAS

Paula Rosique Lucas

CAPÍTULO 1

Desde que nací, mis padres siempre han decidido educarme de una manera distinta a los demás niños. Normalmente, los niños van a un colegio, tienen sus amigos y siempre están en el mismo lugar, eso es lo importante. Nunca cambian de sitio y nunca han tenido la oportunidad de empezar desde cero.

Me llamo Daniel Rodríguez y tengo doce años. Como he dicho antes, mi educación es muy diferente. Cuando nací, mis padres siempre habían querido que fuera distinto a los otros niños, que lo conociera todo. Así que, en vez de ir a un colegio en España, voy cambiando de país cada año. Sé que os parecerá,

incluso a veces, horroroso, pero tampoco está tan mal. Aparte de que aprendes un montón de idiomas, conoces a mucha gente. Al principio fue duro empezar en un país y luego tener que ir a otro, dejando todas mis amistades atrás, pero, con el paso del tiempo, me he ido acostumbrando. Hoy me gustaría contaros mi experiencia del año pasado, de la que aprendí una lección que jamás olvidaré.

Aquel año me tocaba ir a Georgia. El georgiano era muy difícil y me había pasado todas las vacaciones estudiando, hasta había tenido una profesora particular. El año anterior me había tocado en Inglaterra, así que ahora tenía que ser algo completamente distinto y difícil de aprender, según mis padres.

En Inglaterra tenía una mansión hermosa, con un patio delantero, otro trasero, una sala de estar, un comedor, una cocina, una sala de juego, dos habitaciones para el servicio, otras dos habitaciones (una para mis padres y otra para mí), dos despachos (uno para mis padres y otro para mí), cuatro baños y una sala de videojuegos. Era fantástica.

La verdad es que soy un niño listo, rico y, según mis padres, perfecto. Pero sentía que me faltaba algo, no sabía para qué me iba a servir todo esto en mi vida. Según mi padre, todo me serviría para una profesión: médico, bombero, piloto de avión, trabajador en una oficina... Pero ninguno de esos empleos me entusiasmaba, necesitaba algo más, que pudiera cambiar el mundo.

CAPÍTULO 2

Estaba haciendo las maletas para irme a mi nuevo hogar. Eché una ojeada a mi habitación y pensé que no la volvería a ver nunca más. Aparté esos pensamientos de mi mente y seguí haciendo la maleta.

Cuando hube terminado, cogí la maleta y salí de la habitación. Me giré para verla por última vez e, inmediatamente, pensé que iba a comenzar una nueva aventura. Así que la dejé atrás y salí de ella preparado para lo que fuese.

Mis padres estaban esperándome en la puerta con una sonrisa en sus rostros.

—¿Preparado? —me preguntó mi madre sabiendo lo nervioso que estaba.

Dudé unos segundos, pero le contesté:

—Sí, lo estoy— y esboqué una sonrisa que iluminaba mi rostro sonrosado y mostraba inmensa felicidad en mis ojos azules.

Nos montamos en la limusina que nos iba a llevar al aeropuerto. Allí íbamos a tener nuestro vuelo a Georgia, que iba a ser largo. Había metido en mi bolsa de viaje unos cuantos juegos de mesa y mi tablet para poder ver alguna película o jugar a algún videojuego.

Pronto estuvimos en el avión. Sentí cómo el avión despegaba y la presión que tenía. Mi madre me dio la mano y yo se la apreté bien fuerte. Estaba claro que este viaje iba a ser difícil.

Al principio hubo unas cuantas turbulencias. Cuando se acabaron, jugamos al Virus y al Virus 2. Más tarde me puse a ver películas y, por último, a jugar a Roblox.

Cuando llegamos a Georgia, ya era de noche. Vi que los taxis eran muy raros. Eran de color blanco. En Inglaterra eran negros.

—¡Mira, Daniel! ¡Son iguales que los taxis de España!
—exclamó mi padre.

Ahí fue cuando descubrí que los taxis en España eran de color blanco, pero eso no es lo más importante de esta historia.

CAPÍTULO 3

Cuando llegamos a nuestra nueva casa, me quedé alucinado. Tan sólo había un baño, dos habitaciones, un comedor, una cocina y un salón.

—¡Esta casa es muy pequeña! —exclamé— ¡No tiene ni una sala de videojuegos!

—Es la casa más grande que he encontrado —respondió el mayordomo, el señor Martínez.

—Mira, Daniel, escúchame —dijo mi padre, mirándome a los ojos—. Aquí hay mucha gente que ni siquiera tiene hogar, así que agradece que esta noche tendrás un lecho para dormir.

No dije nada. Me quedé callado. Fue como si me hubiesen dado un bofetón ahí mismo. Sentí mucha vergüenza al ver lo mal

que me había comportado. Pedí perdón a todos y nos pusimos a deshacer la maleta.

Al día siguiente, fue mi primer día de colegio. Estaba un poco nervioso porque las personas de Georgia eran de otra raza. Eran muy delgados, con el pelo moreno, los ojos marrones y la piel muy morena. En cambio, yo era rubio con los ojos azules y muy blanco de piel.

Mi madre me llevó en coche al colegio. Por el camino nos encontramos a unas niñas jugando a la rayuela. Me preguntaba por qué no iban al colegio. Cuando llegamos, mi madre me acompañó hasta la clase. Entré a la clase y me encontré a un montón de niños armando escándalo; algunos encima de la mesa, otros corriendo por el aula... Pero lo que más me extrañó fue que no había ninguna chica, ni una sola.

Llegó el profesor y me asignó un sitio en cuarta fila, lo recuerdo muy bien. Pero lo que más recuerdo es cuando un niño levantó la mano y preguntó en georgiano:

—¿Por qué tiene el pelo amarillo?

Sí, esas fueron sus palabras. Todos los niños empezaron a reírse y yo me sentí un poco incómodo. No había empezado nada bien.

CAPÍTULO 4

Aquel profesor era nada menos que mi tutor de sexto de primaria en la escuela de Gamarjoba*. Me iba a dar clases de georgiano. Tan pronto como sonó el timbre, los niños salieron corriendo al recreo. Yo salí más despacio. Cuando llegué al patio, vino el niño que me había preguntado que por qué tenía el pelo amarillo y me dijo:

—¿Por qué estás aquí? ¿Y por qué tienes el pelo amarillo y la piel blanca?

Recuerdo que le expliqué mi historia, cómo había llegado hasta aquí y por qué. Más tarde le pregunté su nombre y me dijo que se llamaba Isaac. Me cayó bien ese niño, y pronto nos volvimos inseparables.

Un día, al salir al recreo, vi a unas niñas asomarse por la verja y luego se fueron corriendo. Entonces le pregunté a Isaac que por qué aquellas niñas no estaban en el colegio. Él soltó una sonora carcajada y respondió:

—Las niñas no pueden ir al colegio, al menos en Georgia.

—Pero, ¿por qué? —pregunté— ¡Eso no es justo!

—Ya, lo sé —respondió Isaac— pero no podemos hacer nada.

Aquello me sorprendió. No era justo que en ese país las niñas no pudieran ir al colegio. En todos los países que había ido, las niñas podían ir al colegio. ¿Por qué no podían ir al colegio en este? Ellas también eran personas y tenían derecho a aprender. No entendía por qué en Georgia había gente que no podía ir al colegio por su sexo.

Aquella noche me costó dormir. Se me había ocurrido una idea, pero no sabía si iba a funcionar. Iba a ser muy difícil, pero, aunque me costara y aunque no me saliera a la primera, iba a intentarlo. Siempre valía la pena, nunca se hace un esfuerzo en vano.

CAPÍTULO 5

Lo que se me había ocurrido era una idea increíble. Se trataba de dar clases a todas las niñas del pueblo, cosa que no iba a ser fácil. Cuando se lo conté a Isaac, casi se desmaya. Dijo que era muy buena idea, pero que no era sencillo.

Para empezar, tenía que encontrar un lugar para dar clase al menos a cien niñas. Pensé en mi casa, pero era demasiado pequeña, y mis padres me descubrirían de inmediato. Más tarde, pensé en el bosque de al lado del pueblo, pero era demasiado siniestro, y nos podíamos perder. Al final, no encontré ningún sitio para dar clase a aquellas niñas abandonadas. Me quedé muy triste y desolado, hasta casi perdí la esperanza. Pero hay que recordar que nunca hay que perderla. Si quieres, puedes.

Un día, ya había terminado los deberes del colegio. Me aburría, así que decidí pasear por el jardín de mi casa. De repente, mientras caminaba, pisé algo duro, algo que no era la hierba del suelo. Miré hacia abajo y descubrí una trampilla. Sin pensármelo dos veces, abrí la trampilla, y descubrí que había unas escaleras. Me puse nervioso, no sabía qué podía haber allí den-

tro. Bajé cautelosamente y me quedé asombrado. Era una sala que contenía el espacio perfecto para dar una clase. Era alucinante.

Al día siguiente, se lo dije a Isaac y fuimos a mi casa a enseñársela. Él se quedó tan asombrado como yo y empezamos con nuestro trabajo. Hicimos unos carteles y los pusimos cerca de los lugares donde jugaban las niñas, para que los vieran y vinieran al *Niñas College* (fue como lo llamamos).

Por fin llegó el día y empezamos nuestro negocio (pero sin dinero, claro). Lo primero que debíamos hacer, justo después de salir del colegio, era darle la noticia a la hermana de Isaac, para que viniera con nosotros. Como estaba empezando con la adolescencia, no iba a ser fácil...

CAPÍTULO 6

La hermana de Isaac era de nuestra edad, pero normalmente la adolescencia empieza antes en las chicas que en los chicos. Iba a ser difícil convencerla, porque, en esa etapa, pierdes toda la esperanza y no tienes ganas de hacer nada.

Cuando llegamos, su madre nos recibió y nos dio una merienda que recuerdo que estaba buenísima.

La casa de Isaac era mucho más pequeña que la mía. Tan solo tenía un comedor, una cocina y una habitación. ¡Ni siquiera tenían televisor!

Entonces llegó el momento. Fuimos a la habitación y su hermana estaba dibujando sobre una cama. La cama estaba pegada a la pared y en el suelo había dos sacos de dormir. No tenían ni siquiera mesa de estudio.

—Hola —le dijo Isaac. Al igual que su hermano, era muy morena de piel, con los ojos marrones y el pelo oscuro, liso y largo. Tenía un flequillo que le llegaba hasta las gafas redondas que llevaba.

—Hola —respondió la chica— ¿Quién es él? —y me señaló.

—Es mi amigo Daniel —respondió Isaac.

—¿Cómo te llamas? —pregunté a la niña.

—Me llamo Vega —respondió sin sonreír ni una sola vez.

—¿A ti te gustaría aprender a leer? —le pregunté.

—No sé —respondió Vega pensativa —creo que ya he perdido todas las esperanzas de aprender y de poder ir al colegio. Eso ya es imposible.

—Ya lo sé —respondí—. Pero, ¿qué te parecería hacerlo posible?

De pronto se le iluminó la cara. En ese momento supe que había recuperado parte de la esperanza que había perdido anteriormente.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Vega.

—Si vienes con nosotros, lo sabrás— respondí.

CAPÍTULO 7

Vega vio el *Niñas College* y le encantó. De hecho, habíamos puesto una pizarra, que utilizaba cuando era pequeño, y habíamos cogido cajas para poder apoyar los cuadernos. También teníamos unos cuantos folios, por si alguna niña no tenía.

Seguramente os habréis parado a pensar cómo las niñas habían leído los carteles si ni siquiera sabían leer. Pues bien, habíamos pensado que sus hermanos los vieran y se lo dijeran. En efecto, funcionó, porque un montón de niñas vinieron al *Niñas College*. Fueron ocupando los sitios y me puse un poco nervioso. Era consciente de que tenía que dar clases a todas esas niñas.

—¡Ejem! —me aclaré la garganta y todas me miraron—. Supongo que sabréis por qué estáis aquí. Me llamo Daniel y cuando vine aquí os vi y supe que no era justo que no pudierais tener una educación. Así que os enseñaré a leer y escribir, y después a sumar, restar, historia, biología, etc. Y estaréis lo suficientemente capacitadas para poder tener un trabajo en el futuro.

—¿Pero de qué va a servir eso si el primer ministro no sabe nada y no nos va a dejar ir al colegio sepamos lo que sepamos? —preguntó una niña más o menos de mi edad que tenía una niña de cuatro años en su regazo.

—¿Cómo os llamáis? —les pregunté a las dos.

—Yo me llamo Nerea y esta es mi hermana pequeña, Esther —respondió la chica.

—Pues bien —proseguí—. No os preocupéis por eso, porque, cuando sepáis ciertas cosas y el ministro vea que vosotras también podéis aprender y tener los mismos derechos que los niños, cederá.

—¿Tú crees que va a pasar eso? —preguntó otra niña, que recuerdo que se llamaba Natalia y era la mejor amiga de Vega.

—No es que crea que va a pasar —respondí yo—. Es que sé que va a pasar.

Entonces empezamos con la prueba. Primero les enseñé a leer y a escribir. La niña que más rápido aprendió fue una llamada Rosell, que ya había aprendido algunas letras, pues su hermano se las había enseñado.

Cada vez vinieron más niñas. Al principio, sólo venían las que tenían hermanos que habían leído los carteles. Más tarde, se lo dijeron a sus amigas que no tenían hermanos y el *Niñas College* fue más grande que nunca.

CAPÍTULO 8

La verdad es que esto me recuerda un poco a *Harry Potter y la Orden del Fénix*. La parte cuando Harry les enseñaba Defensa contra las artes oscuras porque Dolores Umbridge no les quería enseñar. Pues aquí era más de lo mismo. Yo les enseñaba a esas niñas porque el ministro no les quería enseñar. Y eso pronto iba a cambiar.

Cuando llegó Navidad, ya habían aprendido a leer y escribir. Fue un gran éxito, porque habían aprendido muy rápido. Estaba convencido de que, a final de curso, ya sabrían todo lo que necesitaban para poder ir al colegio.

En Navidad, por supuesto, había vacaciones en el colegio, así que también las di en el *Niñas College*. Les dije a todas que nos veríamos el ocho de enero.

Pronto mis padres conocieron a los padres de Isaac y Vega. Eran muy simpáticos, y decidieron celebrar la Nochebuena juntos. Recuerdo que nos lo pasamos muy bien.

Las vacaciones se pasaron volando y pronto llegó el ocho de enero. Aquel día probé con las matemáticas, y en unos instantes aprendieron a resolver problemas de niños de cuatro años (al igual que sumar y restar).

Un mes más tarde, aprendieron también a multiplicar y dividir. También sabían resolver problemas de tercero de primaria. Las niñas que tenían menos de ocho años, ya tenían su nivel correspondiente en matemáticas.

Llegó la Semana Santa, y las niñas ya tenían cada una su nivel en matemáticas. Fue increíble lo rápido que aprendían.

Después de Semana Santa, empecé con las demás asignaturas. Tan solo tenían que memorizar conceptos, así que no implicaba mucho esfuerzo para mí.

En mayo, ya tenían cada una su nivel en todas las asignaturas. Todo había ido bien, y ahora había llegado la hora de convencer al primer ministro, cosa que no iba a ser fácil.

CAPÍTULO 9

Primero había que decírselo a mis padres. Isaac y Vega estaban en el difícil momento que iba a ocurrir.

En junio, después del colegio, fuimos a casa de Isaac a recoger a su hermana. Los tres fuimos a mi casa, llamamos a la puerta y mi padre la abrió.

—Tenemos que contaros una cosa a ti y a mamá —dije.

Entramos en mi casa y les contamos toda la historia. Por supuesto, se quedaron alucinados por todo lo que había dicho y hecho. Dijeron que había que ver al primer ministro de inmediato y que trajéramos a todas las niñas con nosotros.

En una hora reunimos a todas las niñas del pueblo y llegamos al ministerio. En la puerta, mis padres estaban hablando con el primer ministro de todo lo ocurrido, cosa que al ministro no le gustaba nada. Cuando llegamos me dijo:

—Con que has dado clase a todas las niñas del pueblo. Me gustaría comprobarlo.

Entramos en el Parlamento y el primer ministro nos dijo que tomáramos asiento. Él subió al estrado y dijo:

—Bien, vamos a empezar, ¿alguna voluntaria?

Por supuesto, nadie levantó la mano.

—Bueno, pues tú —dijo y señaló a Vega— ¿Cómo te llamas?

—Vega —respondió ella.

—Pues bien, sal al estrado —dijo el primer ministro.

Vega se acercó al estrado y el primer ministro le dio un libro.

—Lee un párrafo de este libro —le dijo.

Entonces Vega comenzó a leer y de hecho lo hizo muy bien. El primer ministro quedó boquiabierto. Vega volvió a su sitio y llamó a Nerea. El ministro habló con un hombre y se fue. Al cabo de unos minutos, trajeron una pizarra y la pusieron en el estrado. En aquel momento, imaginé que el ministro le iba a poner algún problema de matemáticas. Y conociéndole, no se lo iba a poner fácil.

CAPÍTULO 10

En efecto, el primer ministro le puso a Nerea un problema. Encima era de ecuaciones. Lo copió en la pizarra y era así:

“María tiene x años y Carlos tiene el triple. Si dentro de 10 años sumarán 40 años, ¿cuántos años tiene Carlos?”.

Nerea comenzó a escribir en la pizarra. Escribió la ecuación correspondiente y el resultado fue cinco. Lo multiplicó por tres y el resultado fue quince. Ese era el resultado del problema: Carlos tenía quince años.

El primer ministro quedó asombrado. No sabía cómo una niña de once años había podido resolver aquel problema tan complejo, sabiendo que hacía menos de un año no sabía ni leer. Al final dijo:

—No sé cómo has podido hacerlo, Daniel, pero he visto que las niñas también pueden tener una educación. Así que el año que viene podréis ir al colegio al igual que los chicos. Podéis retiraros.

Esa misma noche hicimos una fiesta, celebrando que, por fin, las niñas podían ir al colegio y tener los mismos derechos que los niños.

Pronto llegó el día que debíamos partir a Francia, nuestra próxima parada. Esta vez sí que me iba a dar mucha pena dejar Georgia, ya que había conseguido que las niñas tuvieran derecho a ir al colegio. Estaba saliendo de mi casa cuando de repente vi que Vega corría hacia mí.

—¡Espera! —gritó. Cuando llegó dijo— sólo quería decirte que has sido muy buen profesor y que gracias por todo.

—No hay de qué —respondí.

Nos despedimos y se fue corriendo. Me preguntaba qué traía entre manos. Pronto lo supe. Cuando íbamos en el coche de camino al aeropuerto, todas las niñas estaban en las aceras aplaudiendo y enseñando carteles en los que ponían “Gracias” y “Buena suerte”.

En ese momento, supe qué quería ser de mayor. Quería ayudar a la gente y proporcionarles una vida mejor.

Aquel año había aprendido una lección: nunca hay que perder la esperanza. A veces fracasarás o a veces tendrás que empezar de nuevo, pero si te lo propones, siempre lo conseguirás, o al menos crecerás. Por eso, nunca te rindas.

DICK Y YO

Vega Valbuena de Prado

Cuenta la leyenda que donde nosotros simplemente vemos océanos y mares, hay civilizaciones debajo del agua y donde nosotros solo vemos una vieja diciendo locuras, hay una anciana muy sabia.

Pero vamos a empezar por el principio, me llamo Cristalina y soy una gota de agua. Vivo en una nube de la troposfera. Más de un millón de gotas y yo somos las responsables del ciclo del agua. Cada gota tiene su función, unas tienen la función de la evaporación, otras de la condensación, la precipitación, la infiltración y la escorrentía. Yo cumplo la función de la condensación. Cuando se evapora el agua yo soy esa nube y, luego, otras gotas se precipitan en la atmósfera.

El cargo y función que tiene cada gota no se pueden elegir, es por nacimiento y para toda la vida. Es un poco aburrido, siempre lo mismo, pero al menos estoy con mi amigo Dick y nos lo pasamos muy bien juntos.

La verdad es que me hubiera gustado más ser una gota de agua de las que tienen la función de escorrentía, aunque hagan siempre el mismo recorrido, ya que todas pueden visitar la civilización debajo del mar que construimos para ellas, puesto que en el pasado la función de escorrentía era la más importante.

Pero bueno, me estoy alejando del tema. Gracias a nosotras, las gotas de agua, vosotros, los humanos, tenéis agua para ducharos, beber, regar las plantas. Pero lo que no sabéis es que tenéis una determinada cantidad de consumo de agua, y si la acabáis ocurrirá una catástrofe mundial, y sería el final de todos. La verdad es que nunca nos habíamos acercado ni a la mitad de esa cantidad, lo veíamos como algo imposible, algo que nunca ocurriría, pero en los últimos meses nos hemos dado cuenta de que en realidad estamos muy cerca. A mí se me ocurrió un plan para que los humanos, por fin, se den cuenta de lo que están causando y las graves consecuencias que habrán, si no se soluciona.

Un día y aproveché para ir a contárselo a Dick.

—Tengo que contarte algo muy importante. —dije.

—Yo también —me contestó él— es una noticia muy mala. Han registrado los datos de los últimos dos días y les quedan cien mil litros de agua a toda la humanidad para llegar a la cantidad máxima.

Me quedé sin palabras, mi cara lo expresaba todo. Entonces me di cuenta de que mi plan era realmente necesario y debía ponerlo en marcha ya.

—Después de este susto, ¿qué me tenías que contar? —dijo Dick.

—Uffff, no le daba mucha importancia a este tema, pero ahora que me lo has contado... Creo que mi plan es fundamental en estos momentos, es algo arriesgado y peligroso, pero es lo que debemos hacer. Si no funciona, se acabó todo.

—¿Cuál es tu plan? —me preguntó intrigado.

—Consiste en hacernos pasar por las gotas de la precipitación, dejarnos caer donde los humanos y quedarnos en el pueblo más cercano para avisar a alguien que se lo cuente a los demás para convencerles de que no gasten tanta agua.

—¡Estás loca!, es muy arriesgado. Nadie nos asegura que nos harán caso.

—Ya lo sé —le dije con tristeza—, pero debemos intentarlo o se acabó.

—Está bien, lo intentaremos —dijo él—, pero como nos descubran, nos evaporarán para siempre.

—Lo sé, pero tenemos que hacerlo ya. Mañana es el día perfecto, porque se aproximan lluvias y el ciclo transcurrirá más rápido.

Preparé mi mochila y cogí energía, ya que se aproximaba un día con muchas aventuras.

—Dick, debemos ir hacia esa dirección. Allí hay un túnel que nos llevará a unas nubes con las gotas de la precipitación y pasaremos desapercibidos.

Llegamos al lugar. Nos camuflamos entre las demás gotas sin problema. Cerramos los ojos y cuando los abrimos estábamos en

un viejo tejado. Luego descendimos por el canalón y cuando ya casi tocamos el suelo y dábamos por perdida nuestra misión, una zapatilla de tela nos atrapó entre sus tejidos. Entramos en la casa y comprobamos que la zapatilla pertenecía a una anciana con cara de buena persona.

Al principio se sorprendió cuando dos gotas de agua empezaron a hablarle, pero enseguida se acostumbró a nosotras y nos escuchó atentamente. Le convencimos para que contara al mundo el grave problema que había con el agua y la necesidad de solucionarlo para no secar el planeta.

Una vez terminamos, la anciana decidió salir al pueblo y contárselo a los vecinos. Fue a la taberna donde había una docena de personas. Les contó todo lo que le habíamos dicho y la gente empezó a reírse de ella. No podían parar de reírse, pues les parecía que la anciana tenía demasiada imaginación. La anciana intentó de todas las maneras posibles explicarles el grave peligro que corría el planeta y que debían comunicárselo ya al resto del mundo y tomar medidas, pero no consiguió nada. Al final les dijo a sus vecinos que lo lamentarían si no le hacían caso y se fue a su casa triste y abatida.

Pasó un par de meses y el agua empezaba a escasear en el pueblo. No llovía nada y el río apenas era un simple riachuelo donde ni siquiera podían beber agua los animales. Entonces los habitantes del pueblo se acordaron de su entrañable vecina y se dieron cuenta de que tal vez era verdad que había hablado con dos gotas de agua.

Decidieron ir a su casa a pedirle perdón y ayuda para solucionar el problema, pero cuando llegaron allí se encontraron con que

no había nadie. Entonces, se acercaron al monte donde ella solía pasear y descubrieron una cueva que antes no existía. Al entrar vieron muchos objetos como si alguien hubiera estado allí viviendo, y no dudaron en que sería la anciana quien había estado. Pero ella no apareció, y decidieron volver al pueblo desilusionados y arrepentidos por no haberla creído y lo que es peor, por no poder pedirle perdón.

Desde ese día, hicieron correr la voz de la necesidad de ahorrar agua a través de los pueblos y estos a otros, hasta que llegó la noticia a las grandes ciudades.

Después de un tiempo llovió con fuerza durante varios días, lo cual alivió en gran medida el problema. Pero los habitantes del pueblo comprendieron que debían cuidar el agua siempre, pues la lluvia nunca estaba asegurada.

Desde aquella época que, como se suele decir, ha llovido mucho, hay una cueva donde dicen que vive la vieja del monte. Pero nadie la ha visto. La gente del pueblo y de otros lugares visitan la cueva con mucho respeto y dejan alguna ofrenda para pedir perdón. Unos días más tarde de recibir la ofrenda, suele llover en los alrededores. Y en esa lluvia estamos Dick y yo, disfrutando del ciclo del agua y dando vueltas sin parar.

¡Ahh, por cierto! Seguro que os habéis preguntado dónde ocurrió esta historia. Pues bien, os lo voy a decir porque habéis estado muy atentos a mi relato. El pueblo se llama Riaño y está en la provincia de León. Y sí, podéis visitar la cueva de la vieja del monte. Pero no olvidéis llevarle una ofrenda para que nunca deje de llover.

2ª Categoría

LA TRAGEDIA QUE NOS UNE

Inés Navarro Feliu

Abro los ojos con el tercer pitido de la alarma, como siempre. Siete y treinta y dos. Como cualquier otro jueves, me levanto para comprobar que efectivamente tengo matemáticas a primera hora. Decido tragarme mi disgusto y arreglarme para ir a clase.

No hay nadie en casa. Mi madre, desde que se divorció de papá, había empezado a cogerse cada vez más turnos nocturnos en el hospital. Creo que le ayudan a no pensar tanto en él.

Bajo de casa sin desayunar y cojo el 92, que es el autobús que me deja en la puerta de mi instituto.

El día transcurre con la normalidad pertinente de un día ordinario de colegio. A tercera hora, tengo un examen de valenciano. Miro la fecha en la esquina derecha de la hoja. Veintidós de

febrero, sonrío al pensar que en doce días cumpla dieciséis años. En estos últimos meses, no me había parado a pensar que se acercaba esta fecha tan señalada.

En ese mismo instante, viene a mi cabeza un vívido recuerdo de mi sexto cumpleaños. Estábamos en casa de mi abuela Remedios. Yo estaba sentada en el centro de la mesa, con una brillante sonrisa de oreja a oreja. Mis padres y mi abuela me cantaban mientras yo miraba atenta la enorme tarta de plátano y chocolate. Horas antes había estado ayudando a mi abuela a preparar este mismo postre.

Recordé a mis padres juntos, y el amor que se tenían el uno al otro. Me entristece enormemente ver cómo es su relación ahora. Prácticamente no pueden mantener una conversación sin discutir o gritar. Desde su divorcio, me cuesta mucho más concentrarme. Mis notas han bajado considerablemente. He perdido la ilusión por la mayoría de cosas que me emocionaban de pequeña. Soy perfectamente consciente de que tengo que pasar página y rehacer mi vida con normalidad, pero los últimos siete meses habían estado llenos de abogados, discusiones, conflictos, y lágrimas.

Decido apartar esos pensamientos de mi cabeza para no derrumbarme en el colegio.

Mi amiga Jimena, notando mi seriedad, intenta animarme con su propuesta para ir de compras al día siguiente. Me conoce perfectamente, y sabe que pasarnos la tarde comprando ropa en el centro era un plan al que no podía negarme.

Acaba la mañana y estoy más cansada de lo normal. El examen de valenciano no me ha ido demasiado bien. Solo tengo ganas de llegar a casa para dormir. Cuando llego a casa, sigue sin

haber nadie. Me pregunto si mamá se habrá cogido una guardia. Cuando mi madre tardaba tanto en volver solía significar que tenía un turno de veinticuatro horas en el hospital, aunque no ocurría muy a menudo porque no le gustaba dejarme tanto tiempo sola.

Miro el reloj de la cocina, que marcaba las dos y cuarenta y siete. Abro la nevera para descubrir una fiambarrera con pasta. Encima había una nota escrita a mano.

—Cariño, he tenido que coger una guardia hoy para hacerle un favor a una compañera. Aquí te he dejado los macarrones que te gustan para comer. Llegaré tarde, haz los deberes y pórtate bien. Te quiero Martita, Mamá.

Mientras comía estaba mirando *Tiktok*. Toda Valencia esperaba eufórica a que llegase el domingo, el día de *la Crida*. Este acto fallero daba comienzo a la festividad tan típica valenciana. A mí, que desde pequeña me habían apasionado siempre las fallas, me alegro inevitablemente desviar la mirada del teléfono y ver mi traje de fallera colgado del burro en el salón. Vienen a mi cabeza mil y un recuerdos preciosos de las fallas del año pasado.

Sin que se me borrara la sonrisa de la cara, me tumbé en mi cama y apagué el teléfono. Cerré los ojos y me quedé dormida casi instantáneamente. Últimamente no había estado durmiendo muy bien por la noche, así que me había acostumbrado a dormir un rato a media tarde.

Me despierto de repente con un ruido y olor extraños. Abro los ojos para ver mi habitación envuelta en humo negro. La sensación de ahogo me contagia un miedo inminente. Un escalofrío

recorre mi cuerpo mientras continuo congelada en el borde de la cama sin saber reaccionar.

El estruendo continúa, pero sigo sin responder.

—¡Salgan de sus casas inmediatamente! ¡Hay fuego, salgan ya!

Reconozco la voz, es Jorge, el portero de nuestro edificio.

En ese momento vuelvo en mí misma y me obligo a reaccionar. Inspiro tan profundamente como puedo, para soltar el aire seguido de una leve tos. Con los pelos de punta y una tensión abrumadora, consigo levantarme de la cama. Casi de reojo, visualizo la foto de mi mesita de noche.

Me acostaba todas las noches mirando esa misma imagen. Una foto de mis padres en el día de su boda. Le tenía mucho cariño. Me había ayudado a calmarme las noches en las que solo se escuchaban los gritos de sus peleas, meses antes de su separación.

La cojo, a la vez que cojo mi chaqueta. Salgo escopetada por la puerta. A penas llevo conmigo la chaqueta, las llaves, mi teléfono y la foto.

Es en ese instante cuando la realidad cae tajantemente sobre mí. La tensión es palpable en el ambiente. Todo el mundo saliendo de sus casas a toda prisa. Una avalancha de personas se acumula en las escaleras. Gente tosiendo ahogada. Jorge llamando puerta por puerta para alertar a los vecinos. Aún, presenciando toda la escena, sigo sin ser plenamente consciente de lo que está pasando.

Consigo sumergirme en la oleada de gente. Estamos en el octavo piso, aún nos queda un largo camino por delante. Ni

quiera sabemos dónde está ubicado el fuego. La gente grita, y cada vez me cuesta más respirar.

A medida que bajamos pisos el humo se hace más denso. A duras penas consigo bajar hasta el tercero. Ya no hay tanto humo. Llego a la planta baja y me doy cuenta de que he perdido la foto entre la gente. Me duele, pero el miedo y la tensión que me invaden son más fuertes que la pena que me causa haberla perdido.

Ya abajo, consigo alejarme unos metros de la multitud para poder calmarme. Ya no hay humo, pero sigo sin poder respirar. Me siento en el borde de la acera. Escucho a un hombre decir que son las cinco y veintisiete. Veo borroso. Me estoy ahogando y solo puedo pensar en mi madre. No sé si estará bien. Me gustaría hacerle saber que he podido salir, que ya estoy abajo.

Una policía se acerca hacia mí.

—Cariño, ¿estás bien?, ¿estás tú sola?

No respondo. No me salen las palabras. Está todo muy borroso. Oigo un pitido. Todo se vuelve negro.

Abro los ojos, pero ya no estoy en casa, ni en la acera. Me cuesta enfocar la vista. Estoy tumbada en una cama blanca, en una habitación vacía. Consigo identificar que es una habitación de hospital.

Aún estoy mareada.

En ese instante, entra una enfermera en la habitación. Se sienta a mi lado. Empieza a explicarme lo que ha pasado. Tengo muchas preguntas.

La enfermera me cuenta que tras conseguir salir del edificio me desmayé por el humo que había inhalado y la sobrecarga de

nervios de mi ataque de ansiedad. Me explicó que fue por eso por lo que me costaba respirar y no era capaz de articular palabra. Todo tenía más sentido ahora.

De *ipso facto* me dirigí a preguntarle por mi madre. La enfermera muy pacientemente empezó a contarme que no habían podido localizar a mi madre, pero mi padre estaba en camino.

Después de escuchar las palabras de la enfermera, mi corazón se hundió en la preocupación que me abrumaba. ¿Dónde estaría mi madre? ¿Y si había vuelto antes a casa? ¿Por qué no pueden contactar con ella? ¿Podría haberse quedado atrapada en el incendio? Los pensamientos se agolpaban en mi mente.

La enfermera trató de calmarme, al notar mi angustia. Me aseguró que estaban haciendo todo lo posible para localizar a mi madre, y mi padre no tardaría en llegar. Aunque consiguió reconfortarme levemente, la incertidumbre seguía presente en mis pensamientos.

Pasaron horas interminables mientras esperaba noticias sobre mi madre. Cada paso en el pasillo, me hacía saltar con nerviosismo. El tic-tac del reloj en la pared parecía ir a cámara lenta, aumentando mi ansiedad con cada segundo que pasaba.

Finalmente, mi padre llegó al hospital.

Su rostro reflejaba la misma preocupación que me había estado abrumando las últimas horas. Mi padre se abalanzó sobre mí para darme un abrazo. El simple hecho de estar juntos por fin, calmó mi angustia.

La tensión cubría la habitación mientras esperábamos, con el corazón en un puño, a que alguien nos diera alguna noticia sobre el paradero de mi madre.

Finalmente, el teléfono suena, rompiendo el silencio. Mi padre contesta con rapidez escuchando atentamente la voz al otro lado de la línea. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras escuchaba las palabras que le daban la noticia que tanto ansiábamos: mi madre estaba a salvo.

Había sido rescatada del edificio en llamas y estaba siendo atendida en otro hospital cercano.

El incidente le había pillado por sorpresa a su vuelta del trabajo. Mientras subía por el ascensor desde el garaje, siendo totalmente ajena a lo que estaba ocurriendo, quedó atrapada en aquella cápsula de hierro. La veloz extensión del incendio provocó que en tan solo unos instantes colapsaran los ascensores de todo el edificio.

El humo pronto se apoderó del aire del ascensor. Afortunadamente, los bomberos se percataron de esto y pudieron sacarla rápidamente. Ella solo ha sufrido heridas de leves en los pulmones por la inhalación del humo, que llevarán consigo una tendida recuperación. Sin embargo, está bien que es lo único que nos importa.

El alivio, la gratitud y la alegría se mezclaron dentro de mí, desbordándose en lágrimas de felicidad. Mi madre estaba viva, estaba a salvo gracias al increíble trabajo y esfuerzo de todos los bomberos. Esa simple verdad eclipsaba todo lo demás en ese momento.

Después de horas de espera, me dan el alta en el hospital y finalmente puedo verla. Su rostro cansado se ilumina al verme,

y nos abrazamos con fuerza. La tranquilidad que me invade me hace darme cuenta de lo mucho que la quiero y me hace falta.

A medida que pasan los días y nos recuperamos del trauma del incendio, nuestra familia se fortalece aún más. Nos hemos mudado las dos a casa de mi padre, quien nos ha acogido gratamente. Él mismo se está encargando de cuidar a mi madre en su recuperación. La incertidumbre de no saber qué le podría haber pasado, hizo que mi padre se diese cuenta de lo mucho que la amaba y la necesitaba con él.

Empezamos a valorar cada momento juntos, reconociendo la fragilidad de la vida y la importancia de apoyarnos mutuamente en los momentos difíciles. Aunque el camino hacia la recuperación va a ser largo y difícil, mi familia por fin vuelve a estar unida por un vínculo que, habiendo resurgido de las cenizas, es ahora indestructible. El amor y la gratitud nos ayudarán a superar cualquier desafío que la vida nos ponga por delante.

Hoy en día, puedo decir que estoy agradecida por lo que pasó. Fue una experiencia realmente traumática, que cambió mi vida por completo. Ese día, el veintidós de febrero, marcó un antes y un después en mí. El incendio me ha devuelto el amor que reflejaba la foto que perdí aquel día. Es más, no solo me ha devuelto el amor de mi familia, sino que también me ha devuelto la vida.

Perder prácticamente todas mis pertenencias como mi ropa, mis libros, mi traje de fallera, mi casa; me ha enseñado que la verdadera felicidad no está en las cosas materiales que poseemos, sino en el amor a las personas.

Me siento profundamente agradecida a la enfermera que se encargó de mí en el hospital; a Jorge, que casi sin quererlo me

salvó la vida, a los bomberos, que consiguieron sacar a mi madre, a la policía, que se preocupó por mí, y a cada voluntario y persona que se ha encargado de prestarse para ayudar a todas las familias afectadas.

Me doy cuenta ahora de que la sociedad que muchos daban por perdida, continúa siendo tan humana y sensible como siempre. Miles de personas se movilizaron en seguida para asegurarse que a las víctimas del incendio, como mi madre y como yo, no nos faltase absolutamente nada. Doy gracias a todos aquellos que siguen haciendo de este mundo un lugar mejor a través de su trabajo y sus buenas acciones. Vosotros hacéis de esta la sociedad de la vida.

CUIDADO CON LOS DESEOS... QUE A VECES SE CUMPLEN

Max Löwegrün Chavero

¡Hola a todos! Mi nombre es Max, acabo de cumplir 15 años y os voy a contar la aventura más increíble jamás contada a lo largo de los tiempos, de la que además tengo la suerte, o la desgracia, de ser su principal protagonista.

La historia comienza hace exactamente cinco meses en Madrid, en concreto en mi casa de Torreldones, un 15 de septiembre de 2023.

Me encontraba estudiando, como siempre, no pocas horas, las asignaturas de historia y literatura, que sinceramente me tienen frito; dedicándome a memorizar fechas, datos, nombres de lo

más extraños, personajes históricos y un sinfín de batallas y conspiraciones, entremezclados con autores del pleistoceno... , y para colmo sintaxis, cuando percibí que mis cejas se levantaban solas como si tuvieran vida propia, haciéndome fijar la vista en mi nueva y esplendorosa Nintendo Switch, colorida, tentadora y apetecible. Pero no, mi voluntad era siempre firme y superior, viniéndome a la mente la frase tan repetida de mis padres “Hijo, el esfuerzo tiene su recompensa”. Y ahí seguía yo hincando los codos, cuando de repente mi imaginación empezó a volar sin control y me encontré deseando vivir alejado de tantas y tantas obligaciones. Simplemente, viviendo libre y haciendo realmente lo que me diera la gana; sin tener que ir al colegio ni estudiar, andorreando por la calle y jugando con los amigos, yendo a conciertos de rock, sin deberes ni tareas pendientes de hacer.

Y debe ser que tan alto y tan fuerte lo deseé, que de repente me encontré tirado encima de un montón de “mierda” (literal y perdón por la expresión), ante un olor nauseabundo, encima de una montaña de paja que se colaba por mis ropas, provocándome ronchones y picores insoportables, rodeado de NADA. Y cuando digo nada, es que no había muebles, ni mesas, ni nevera como la mía, con tres botones, que te dispensan el agua y el hielo directamente, ni mucho menos hornos, microondas o televisores.

El diminuto y apestoso habitáculo donde me encontraba carecía de luz natural, puesto que en donde quiera que estuviese no había ventanas y sólo se colaba un mínimo halo de luz a través de una puertecilla cutre que me dispuse a cruzar.

—¡Dios! ¿qué narices es esto?

—¿Dónde estoy?

—Esto debe ser un sueño, una pesadilla de las chungas.

Pues sí, al salir de la cueva o lo que sea que fuera ese lugar, sólo había otras chozas de forma redondeada muy parecidas, kilómetros de arena, ningún árbol ni edificio “normal” y unos habitantes de raza negra, con lanzas, que iban desnudos, únicamente cubiertos con taparrabos. Sí, ellos llevaban taparrabos, pero ellas arriba no llevaban NADA.

Se me acercó el que parecía ser más anciano, presentándose como Kamau, y se dirigió a mí en un idioma extraño, que, ahora sé, se trataba del suajili. Lo más alucinante de todo es que le entendía cada palabra que me decía, ¡era guay!, había aprendido solito y sin “esfuerzo” un nuevo idioma; ¡vaya desperdicio de años tirados estudiando alemán e inglés en el cole!

Kamau, como jefe del poblado, me explicó que estaba en Kenia, que ellos eran de una tribu de los masai, compuesta por 35 hombres; 42 mujeres y 63 niños. Me dijo que sus casas se llamaban “Manyatas”, que estaban hechas con poquitos ladrillos, adobe, paja, barro y ...estiércol de animales.

—¡Uuuf!, ¡qué ascazo!

—Así emanaba de mí ese olor tan nauseabundo.

Me contó que todos sus miembros eran como una gran familia y que se cuidaban entre ellos; que los hombres salían a cazar y que las mujeres se quedaban en casa cuidando de los hijos y haciendo las tareas del hogar y cocinando.

La verdad es que no entendía nada, ¿dónde cocinaban, si no había cocina? ¿dónde estaba el grifo, la nevera con refrescos, coca cola, comida, cereales o las galletas para desayunar? Creí

que me había caído y dado un gran golpe en la cabeza, ¡esto no podía estar pasándome!

Tenía la boca seca de “mi viaje a ese lugar” y le pedí por favor que me diera un vaso de agua y de paso, que me hiciera un bocata de chorizo, pero el anciano se retiró, volvió con unas garrafas; les dijo a unos niños no mayores de 12 años que me mostraran el camino y empezamos a andar; ellos con la garrafa en la cabeza y yo por supuesto en la mano. Anduvimos a pleno sol y tragando polvo literalmente, durante dos horas y yo ya no podía más. Les pregunté que a dónde nos dirigíamos y me contestaron extrañados, que a por agua, como yo había pedido. Toda esta situación era surrealista, no podía ser cierta. Seguimos andando y caminando hasta que mis pies llenos de ampollas sangrantes dijeron basta. No podía dar un paso más, sangraba, estaba deshidratado, me moría de sed y de hambre y me dijeron que estuviera tranquilo que “solo quedaban cuatro horas para llegar a nuestro destino y luego podríamos volver”. Entré en pánico, no podía ser, iba a morir... pero de nuevo me venía a la mente la recurrente frase de mis padres: “todo esfuerzo tiene su recompensa”. Y sí, queridos amigos, finalmente saqué fuerzas de mi interior y llegamos supuestamente a la fuente, que no era tal, sino una charca; una especie de oasis en el desierto con agua marrón, sucia, de la que ni en mis peores pesadillas, me hubiera atrevido a beber. Pero estaba tan agotado y sediento que me tiré a ella y bebí y bebí, creyendo haber vaciado la diminuta charca. Sólo me faltaba descansar un poco... y el bocata de chorizo, pues el ruido y dolor de mis tripas nublaban mi mente.

Los chicos me dijeron que llenara mi garrafa de agua y me la colocara en la cabeza para emprender el camino de vuelta. Ahora

me río recordándolo, pero aquello fue literalmente IMPOSIBLE. Si llegan a tener un móvil para grabarme, hubiera sido carne de cañón de meme, os lo aseguro. Se caía y se derramaba toda el agua. No lograba mantener el equilibrio del enorme recipiente y si conseguía aguantar cinco minutos sujetándolo con mis manos, el dolor de cabeza que me atrapaba era francamente insoportable. Así que, estos chicos tan amables y solidarios me ayudaron sin pedir nada a cambio. El más mayor, de sólo 12 años, que se llamaba Kerubo intentaba animarme, consolarme y darme ánimos, pero mis fuerzas flaqueaban, estaba viviendo la peor de las pesadillas y aún nos quedaban muchas horas para llegar al poblado. Pero, sorprendentemente, ¡lo conseguí!

Llegué, me tiré al suelo agotado y con los pies en carne viva y la mamá de Kerubo, Abuya, vino a curármelos, limpiándolos primero con unas hierbas raras y frotándolos a continuación suavemente con una pasta verde que desprendía un olor parecido al del interior de la choza. Yo me preguntaba si es que tampoco tenían Betadine.

Y ya un poco recuperado, llegó el ansiado momento del bocata de chorizo, pero... tampoco fue como yo pensaba. Me trajeron un cuenco en forma de medio coco y me explicaron que se trataba de Wali wa nazi, consistente en arroz blanco, con trozos inapreciables a la vista, de pollo y supuestamente de algún vegetal, en definitiva, nada apetecible, pero me daba igual. Lo devoré y creo que jamás he comido un plato tan exquisito como aquel, eso sí, con las manos, porque allí los cubiertos brillan por su ausencia.

Caí rendido en mi cama de paja, rodeado del estiércol que, en ese momento de agotamiento, me olía a flores. Ya todo me daba

igual, quería dormir y despertarme al día siguiente en mi cómoda habitación, en mi mullido colchón, tomarme mi buen desayuno de cereales con cacao y olvidarme de la más horrible de mis pesadillas... pero el tema no resultó tan sencillo.

Al día siguiente me desperté más bien tarde y en mi choza ya no quedaba nadie. Salí y me encontré con que me entregaban una lanza para aprender las mínimas nociones de caza. Me explicaron que, si quería comer, debía aprender a cazar y que posteriormente tendría que ordeñar las cabras, si realmente me apetecía tomar algo de leche. El nuevo desastre estaba servido, ni la lanza, ni ordeñar, ni el transporte del agua en mi sesera, aquello me resultaba imposible; todo era un absoluto fracaso. Los miembros de la tribu se reían de mí y no entendían que fuera tan torpe para todo, pues no sabía hacer absolutamente nada de lo que me enseñaban.

Las tardes eran algo más agradables y tranquilas, pues tras finalizar las tareas en la aldea, todos los chicos jugábamos a una especie de fútbol casero, utilizando un coco cubierto por tiras de cuero de vaca raídas como balón y luego nos sentábamos alrededor de un fuego a contarnos historias de nuestras respectivas vidas; fuego que tras diez largos días intentándolo, y con la gran ayuda de Kerubo y los demás chicos, conseguí hacer yo solito, frotando dos palos entre sí. No os imagináis lo orgulloso que estaba de mí mismo.

Yo les hablaba de mi colegio, de mis amigos, del loco de Mateo, mi compañero de aventuras, de los estudios, de la tecnología, los móviles, internet... y la verdad es que ellos no entendían absolutamente nada; es más, tampoco parecía que les diera mucha envidia nuestro tipo de vida. Allí no había escuelas, ni libros, ni estudios ni lápices o bolígrafos. Como ellos decían,

tenían “la escuela de la vida” prácticamente desde que nacían, pues sus objetivos y las enseñanzas de sus padres se centraban en su mera supervivencia. ¡Caray! ¡Qué vida más sacrificada y distinta a la mía!, creo que a esas alturas ya empezaba a echar un poquito de menos mi colegio, aunque me tuviera que pasar horas delante de los apuntes de mis profes Camino y Elena.

Curiosamente tampoco existía ni el *bullying*, ni los insultos, todos se llevaban fenomenal y siempre se ayudaban unos a otros. Era un pueblo muy noble y generoso, pues lo poco que tenían, lo compartían, algo impensable en mi mundo, donde primero somos nosotros y si sobra algo, a lo mejor se comparte... y no siempre.

Me acordé de que una vez, hace no mucho tiempo, viendo un documental con mis padres, escuché un dato impactante: el 80% de la riqueza mundial, está en manos de menos del 10% de la población. ¡Guau! Lo acababa de entender. Yo tenía la gran suerte de haber nacido en esa zona geográfica privilegiada del mundo, donde se encuentra la mayoría de la riqueza; y, en cambio, el lugar donde me encontraba ahora, formaba parte de ese casi 90% de población pobre que no contaba con ninguna riqueza. Entonces razoné que fuera de mi cómodo mundo, del que conozco desde el día que nací, la mayoría de la gente del planeta Tierra vivía así, siendo pobre y con lo justo para poder sobrevivir. Me quedé impactado con mi descubrimiento y empecé a dar gracias y más gracias por la enorme suerte que había tenido al nacer en Europa... ¿o no?

Y he ahí mi reflexión: ¿realmente somos más afortunados los que hemos nacido en países “ricos y desarrollados? Tras el paso de los días, las semanas y los meses que estuve allí, sinceramente no puedo dar una respuesta tajante. Son muchas las comodidades

y facilidades de las que disponemos en nuestro mundo. El simple gesto de abrir un grifo y beber agua, ducharnos y no tener que andar 11 o 12 horas para ello, desde luego, no lo cambio por nada del mundo. También el pasarnos por Mercadona e ir metiendo al carrito la comida y algún caprichito añadido que nos apetezca, eso sí que es lo más grande y no tiene precio; de la misma manera que el acceso a las medicinas, a los médicos y hospitales. Hasta el poder ir al colegio, con calefacción en invierno, estar con los amigos e incluso aprender tantas materias, es un privilegio por el que hoy veo que he de dar las gracias todos los días... pues mis amigos masai nunca podrán tener esa suerte. Y no puedo más que preguntarme en relación a mi vida en España: ¿dónde han quedado esos valores tan nobles que aprendí con este humilde pueblo, que se quedan sin su cuenco de comida para dártelo a ti?; ¿dónde están esas enseñanzas vitales, como el aprender a leer la hora en las estrellas o desarrollar los sentidos para predecir si vendrá o no una tormenta que pueda asolar el poblado?, ¿dónde en nuestro mundo, se consigue comunicarse con los animales, tratándoles como a iguales y respetándoles hasta el instante anterior a su sacrificio?, ¿o qué pasaría si nos colocáramos en España esos taparrabos y bailáramos esas “danzas de los saltos” tan perfectamente coordinadas, mientras las mujeres cantan a su alrededor dando gracias por lo que les ha dado quienquiera que sea su Dios?

Son tantas las experiencias vividas con mis amigos y mi tribu masái que he llegado a la conclusión de que quizás la respuesta no puede ser tajante, no hay blancos ni negros, sino grises. En un mundo ideal quizás tendríamos que meter un poco de las costumbres de ambas civilizaciones en la Thermomix, agitarlas bien y quizás conseguiríamos hacer un mundo infinitamente mejor... pero, claro, allí tampoco existen los robots de cocina.

Así que, tras cinco largos y duros meses, he decidido que mi momento de regresar ha llegado, cargado de agradecimientos a la familia que dejo aquí. Regreso a casa, con mis padres, mi hermana y mis abuelos, pero con billete de vuelta y una gran sorpresa. Mi amigo Kerubo ha decidido acompañarme; sus padres se lo permiten y va a pasar con nosotros unos cuantos meses en Madrid para vivir y aprender de mi mundo; acompañarme al colegio, a la compra, al cine y estudiar, aprender materias y asignaturas que algún día le permitan tener una vida un poco más cómoda y mejor.

Quiero ver a través de los ojos de mi “hermano” Kerubo cómo piensa de nosotros, de nuestras costumbres y de la vida loca y frenética que llevamos; y mostrarles a mis amigos, a través suyo, todo lo que la vida con esta gran familia me ha enseñado. Es por ello, que nos vamos los dos a la cama a desear con todas nuestras fuerzas el viaje de vuelta y despertar mañana en mi casa de Madrid, para vivir nuestra nueva aventura juntos.

Os emplazo, amigos, a leer esa segunda parte de mi cuento, que está pendiente de escribir, eso sí, una vez termine mis exámenes, no sin antes haceros una pregunta: ¿creéis realmente que Kerubo quedará fascinado por nuestra vida en España? o por el contrario ¿preferirá regresar a su país renunciando a todas nuestras comodidades y privilegios cuando experimente nuestra loca forma de vida occidental?

Ahí lo dejo...

MI ABUELA

Xisco Seguí Seguí

Todo empezó aquel 10 de octubre de 2022 cuando mi abuela fue diagnosticada con cáncer de pulmón. Sin embargo, para entender mejor todo lo que pasó hagamos un pequeño retroceso en el tiempo.

Nací el 18 de septiembre de 2007 en Palma de Mallorca. Mi familia nunca ha sido muy grande y los abuelos de mi padre fallecieron cuando yo era muy pequeño y solo éramos: mi padre, mi madre, mi hermano y mis abuelos por parte de mi madre. Desde que yo era muy pequeño, recuerdo que mis abuelos solían pelear mucho, pero durante todo el año me lo pasaba muy bien con ellos. Disfrutábamos de hacer excursiones, ir a mis actuacio-

nes en el colegio, etc. Pero, lo que más disfrutaba era cuando mis padres se iban de viaje o a cenar y yo me podía quedar con ellos. Cuando estaba a su lado, el tiempo siempre pasaba volando: Mirábamos la tele, hacíamos un puzle o íbamos a la playa.

Mis abuelos trabajaban limpiando las camisetas de un equipo de fútbol que era “El Constancia”, siempre me llevaban con ellos para que viera el estadio, a los jugadores y así yo mismo me creyera que era un jugador profesional. Mi hermano y yo nos pasábamos horas allí. Jugábamos a fútbol, al escondite o nos poníamos a limpiar con nuestros abuelos.

Cuando cumplí 8 años fue cuando las cosas entre mis abuelos empezaron a ir mal. Por aquel entonces yo era muy pequeño para entender todo lo que pasaba, iba a casa de mis abuelos y cuando me iba a dormir escuchaba gritos. Yo salía para ver qué pasaba y preguntaba si se estaban peleando, pero mi abuela solo me decía:

—No, bombón, es la tele, que hacen una película.

Yo, en ese entonces, me lo creía todo, porque era un niño de 8 años y no era muy difícil mentirme. Nunca me preocupé por lo que pudiera estar pasando y eso fue lo peor que se puede hacer. Pasados 3 años, cuando yo ya tenía 11 años, mis abuelos dejaron de trabajar limpiando las camisetas de los jugadores de ese equipo de fútbol. Mi abuelo se quedó sin trabajo y no hacía nada, pero mi abuela siempre trabajó y siguió con su principal trabajo de costurera.

A mí me encantaba cuando mi abuela me llevaba a su trabajo y todas sus amigas me miraban como si fuera el niño más guapo del mundo y me hacían los típicos cumplidos de abuela: “¡ay cómo has crecido!” o “¡qué guapo que eres!” , pero mi favorito

sin duda era: “yo te cambiaba el pañal cuando eras pequeño”. No sé cuántas mujeres me decían eso, parece que no tenía ni madre porque todas me cambiaban el pañal. En realidad me hacían el niño más feliz del mundo, mientras yo merendaba un batido de chocolate y miraba cómo mi abuela trabajaba.

Cuando empecé la ESO fue cuando todo empezó a ir a peor, ya era suficientemente mayorcito para darme cuenta de lo que estaba pasando. Un día mi madre llegó a mi casa llorando, yo no sabía qué estaba pasando y lo más frustrante era que no podía hacer nada, solo sabía que mi madre venía de haber quedado con mis abuelos y que seguramente no podía haber pasado nada bueno si mi madre estaba así.

Al día siguiente, mi abuelo me vino a recoger al colegio con su coche, dentro había una bolsa de galletas y una tableta de chocolate. Mi abuelo siempre me llevaba al entrenamiento de fútbol y algunas veces, solo algunas, se quedaba a verme. Después de ese día, no volvió a venir a buscarme al colegio ni a verme en los entrenamientos. En ese momento fue cuando empecé a sospechar más que nunca que algo pasaba, ya que era muy extraño que no me viniera a buscar nunca. Cada vez era más habitual que mi madre volviera a casa llorando después de quedar con ellos.

En segundo de la ESO fue la época del Covid-19 donde no veía mucho a mi abuela, por el hecho de que no se podía por normas de sanidad y normalmente solía hacer videollamadas con ella contándole mi día a día. Cuando ya podíamos vernos todos, lo primero que le pedí a mi madre fue poder ir a dormir a casa de mis abuelos, y ella me dijo que no había problema. Cuando fui a dormir a su casa con 13 años, ya no era tan niño para no darme cuenta de que mis abuelos no se llevaban muy bien. Después de ir a su casa a

dormir todo estaba bien, hasta que un par de meses después mis abuelos se separaron de forma apresurada y mi abuelo se fue a Granada, mientras que mi abuela se quedó en la ciudad de Inca (que era donde vivíamos) para poder estar conmigo.

Después de eso mi madre lloró mucho, pero lo tuvimos que superar y dejarlo pasar. Hasta que a mediados de tercero de la ESO mi abuelo volvió a aparecer y fue cuando peor lo pasó mi madre, ya que volvió a vivir con la que era su mujer (mi abuela) y eso a mi madre no le sentó nada bien, después de lo que hizo. Mi abuelo le contó a mi padre, muy alegremente, que había tenido una relación con otra mujer en Granada y mi padre después de recogerme del colegio me lo quiso contar:

—Resulta que el abuelo tuvo una relación íntima con una mujer. Sé que esto puede ser impactante, no estoy seguro de cuánto sabías sobre esta parte de la vida del abuelo, pero creo que es importante abordarla con sinceridad y empatía. Esto no cambia quién era él como abuelo o como persona, ni disminuye el amor y el respeto que le tenemos. Estoy aquí para discutir cualquier pregunta o sentimiento que puedas tener al respecto. Creo que es importante que podamos hablar abierta y honestamente sobre nuestra historia familiar para entenderla mejor y apreciarla en su totalidad.

Sin embargo, cuando vio a mi madre llorar fue cuando más se enfadó y me dijo que mi abuelo no estaba pensando con claridad y no pensaba en nadie.

Mi padre intentó hablar varias veces con mi abuelo para arreglar las cosas, pero no fue tan fácil, hasta que un día pasó algo. Nunca me olvidaré de ese día. El sol se filtraba a través de las

cortinas de mi persiana, era una tarde tranquila, llena de la familiaridad reconfortante de nuestros domingos en familia. Sin embargo, ese día, la paz se vio amenazada por una tormenta emocional que se estaba gestando en las profundidades de las relaciones familiares que había.

Recuerdo el momento en que vi a mi abuelo, un hombre con manos curtidas por el trabajo duro y ojos llenos de sabiduría, levantar la voz a mi madre. Su rostro, normalmente sereno y gentil, se había transformado en una máscara de ira y desaprobación. Las palabras que escaparon de sus labios resonaron en la habitación como un trueno en la calma de la tarde. Sus insultos, afilados como dagas, cortaron el aire y dejaron un sabor amargo en mi boca. Mi abuelo le dijo a mi madre que lo peor que pudo hacer fue aguantarlas, tanto a mi madre como a mi abuela. Me sentí paralizado, incapaz de apartar la mirada de la escena que se desarrollaba frente a mí. Mi madre, una mujer de fuerza inquebrantable y amor incondicional, se mantuvo firme frente a él. A pesar del dolor evidente en sus ojos, su determinación no vaciló. Sus palabras fueron un escudo contra los ataques verbales de mi abuelo, un recordatorio de que el respeto y el amor son los pilares fundamentales de cualquier relación familiar.

En medio del caos emocional, me di cuenta de la complejidad de las relaciones entre padres e hijos, y cómo las palabras pueden herir más que cualquier golpe físico. Aquel día, aprendí que el perdón y la comprensión son poderosas herramientas para sanar las heridas del pasado y construir un futuro lleno de amor y respeto mutuo. Esa escena quedó grabada en mi memoria como un recordatorio de la fragilidad con la fuerza de los lazos familiares, y del poder transformador del perdón y la compasión.

Volviendo al inicio de esta historia, era un 10 de octubre de 2022 cuando le detectaron un cáncer de pulmón a mi abuela. Las cosas parecían que iban bien, el tratamiento funcionaba y mi abuela me prometió que cuando se repusiera nos iríamos de viaje a Sevilla, que era un lugar que siempre quise visitar con ella. Yo siempre le dije: “vamos a Sevilla un verano y nos tomamos unas tapas en un bar, yo un refresco y tú, un vino”. Después, cuando le encontraron una bronquiolitis, mientras estaba enferma del cáncer, ya no era muy seguro que fuéramos a Sevilla juntos.

El 28 de diciembre la ingresaron en el hospital San Juan de Dios, donde la íbamos a ver cada día, hasta el trágico día, el 18 de enero de 2023, un día después del cumpleaños de mi madre y dos días antes del cumpleaños de mi abuela. El médico nos dijo si queríamos dejar que mi abuela muriera en paz inyectándole un sedante que la dejaría descansar de por vida. Mi abuela dijo que sí, que lo único que hacía era que mi madre lo pasara mal, mi hermano y yo nos despedimos de ella y esperamos en la sala de espera. Me asomé al pasillo diez minutos y, más tarde, estaba mi madrina, mi madre, mi padre, mis tíos y mi bisabuela, todos llorando. El 23 de enero fue el día del tanatorio. Al entrar allí, tuve una sensación de solemnidad que colmaba el aire. El eco de pasos silenciosos resonaba en los pasillos, mientras los murmullos de conversaciones apagadas llenaban el espacio con un aura de tristeza y resignación. En el vestíbulo, una suave luz se filtraba a través de los vitrales, pintando el suelo de tonos cálidos y reconfortantes. Un aroma sutil a incienso flotaba en el aire, envolviendo el lugar en una atmósfera de serenidad y paz.

Las salas de velatorio se encontraban alineadas a lo largo de los pasillos, cada una decorada con arreglos florales que llenaban

el ambiente con su fragancia dulce y embriagadora. En el centro de cada sala, un ataúd reposaba en silencio, rodeado de fotografías que contaban la historia de una vida vivida con pasión y dedicación. El sonido lejano de música clásica se filtraba desde la sala principal, donde familiares y amigos se reunían para rendir homenaje a la vida de mi querida abuela. Las lágrimas se mezclaban con las risas mientras compartimos recuerdos y anécdotas, celebrando el legado que dejó atrás.

A medida que el día llegaba a su fin, nos despedimos de mi abuela con amor y gratitud en nuestros corazones. Su partida dejó un vacío imposible de llenar, pero su espíritu vivirá para siempre en los recuerdos y las enseñanzas que nos dejó. En octubre de 2023 fui de viaje a Sevilla con mi familia, ya que era el sueño de mi abuela. Estaba muy contento de estar allí, pero más lo estaría si estuviera mi abuela con nosotros. Al final, mis padres y mi abuelo hicieron las paces, pese a que mi abuela estaba muerta para verlo. Mi abuela siempre va a vivir en mi cabeza y en mi corazón como la heroína y la mujer más fuerte que he conocido, nunca le tuvo miedo a nada ni siquiera a su muerte. Hizo de todo por mi madre y por mí.

Si algún día me preguntaran quién fue mi ídolo/a siempre diré que fue mi abuela. Estoy contento de que mi abuelo y mis padres hicieran las paces, porque al fin y al cabo la familia lo es todo y sé que, si mi abuela me está viendo ahora mismo, está contenta de que escriba la historia de la superheroína que fue.

3^a Categoría

NUNCA HE ESTADO SOLA

Carlota Rodríguez Hueso

“Lo siento mamá, lo siento papá, pero ya no lo aguanto más”.

Estas fueron las palabras que escribí para que las leyeran mis padres una vez que yo ya no estuviera allí.

Os preguntaréis cómo es posible que una niña de 12 años, con buenas notas, en uno de los mejores colegios de la ciudad y con una familia que la apoya, puede llegar a plantearse el no querer existir más. De hecho, yo misma me preguntaba cómo había llegado a esta situación. ¿Era culpa mía o solo había sido una víctima de las circunstancias que habían causado este horrible desenlace? ¿Qué había ocasionado todo? ¿Que podría haber hecho para evitarlo? Muchas preguntas para las que no tenía res-

puesta, porque aunque lo analizara una y otra vez en mi cabeza, no veía el porqué. Supongo que no había una razón en particular, sino más bien una serie de acontecimientos y solo me entenderás si te voy contando todo lo que me fue pasando, empezando por el principio.

Toda mi vida había sido una niña inteligente y estudiosa que se centraba en sus notas y se esforzaba al máximo, de hecho, esa misma había sido la razón por la que mis padres habían tomado la decisión de cambiarme de colegio. En el antiguo, no podía explotar todas mis capacidades y por ello escogieron un colegio que fuera más exigente.

Al principio, el cambio me encantó y era la niña más feliz del mundo. Me fascinaba la forma de dar clases y la metodología que empleaban. Además, disfrutaba mucho aprendiendo. Al ser nueva, intenté no sobresalir en exceso para poder adaptarme mejor. Las niñas ya eran amigas de antes, por lo que entendía que hubiera momentos en los que me pudiera sentir apartada o fuera del grupo, ya que ellas ya habían compartido muchas vivencias y yo acababa de llegar.

Con el tiempo, me fui integrando y cada vez estaba más a gusto en mi clase y con mis compañeras. Sin darme cuenta ya había pasado un año desde el cambio y hasta ese momento no me parecía que hubiera tomado una mala decisión. Llegó el último día de curso, uno de los días más felices que recuerdo. La luz antes de la tormenta.

Había una explicación por la que mi nuevo colegio era tan bueno académicamente y era porque fomentaban la competitividad. Lo que en ese momento me parecía justo: premiar a aquellos

que se habían esforzado. Más tarde, me di cuenta, en verdad, se trataba de un castigo. El premio al mejor expediente de la clase. No me lo esperaba, pero dijeron mi nombre y el de una amiga mía, Marina. Ir por el pasillo, mientras toda la gente me aplaudía, fue una de las mejores sensaciones y la mejor manera de acabar el curso. Todos me felicitaban y, por fin, sentía que cambiarme de colegio había sido cien por cien la decisión correcta. ¡Cómo iba a saber que mi “amiga” no se alegraba tanto de que fuéramos dos y no solo ella la mejor de la clase! Mientras yo estaba feliz por poder compartirlo, ella en cambio, estaba rabiosa porque no soportaba no ser la mejor y que por primera vez tuviera competencia. Se sintió como una reina destronada y, como cualquier buen jugador de ajedrez, inició su ofensa para que al final de la partida solo quedara la reina negra, triunfante, mientras que la reina blanca se encontrara fuera del tablero.

El verano me pasó volando, y al llegar septiembre, también empezaba un nuevo curso, el cual esperaba que fuera mejor que el anterior, pero se acabó convirtiendo en una pesadilla.

El azar quiso que me sentaran en clase al lado de Marina. Lo que para mí fueron buenas noticias, para ella no lo fueron tanto. Ahí reside parte de mi error, no saber ver que las apariencias a veces pueden engañar y que muchas personas se esconden detrás de una imagen que oculta lo que de verdad son, aunque, como las serpientes, van mudando sus escamas, revelando su piel auténtica.

No solo estaba contenta por estar con una amiga, sino porque sabía que las dos éramos listas y que nos podíamos ayudar mutuamente. Sin embargo, lo que tendría que haber sido una relación de iguales, se fue convirtiendo poco a poco en una rela-

ción en la que estaba sumida bajo su sombra negra, que me envolvía y me impedía salir de ahí.

El cambio fue gradual. Comenzó con miradas de asco y dándose la vuelta cada vez que hablaba, de forma que me sentía ignorada. Cualquier persona con algo de criterio hubiera pasado de ella, pero yo tenía 12 años y sus actos solo hicieron que mis intentos por gustarle fueran a más. Intentaba ser graciosa y divertida cada vez que me hacía caso, y, si necesitaba algo, me ofrecía la primera para ayudarle. Sin darme cuenta, en el grupo ya no era una más, sino la sirvienta. Me consolaba a mí misma pensando que no me costaba nada hacer ciertos favores y que ellas harían lo mismo por mí. Y de esta forma, autoengañándome me fui hundiendo en arenas movedizas. Cuando me di cuenta, ya era muy tarde para salir y por muchos esfuerzos que hiciera, la tierra me seguía engullendo hasta que ya no tuve fuerzas para seguir luchando y dejé que la tierra me acabara tragando.

El tiempo fue avanzando, las miradas se convirtieron en comentarios: “Qué pesada eres”, “¿Puedes callarte ya?”, “Nadie te ha preguntado”...

Antes de que me diera cuenta, los comentarios empezaban a importarme y, poco a poco, me convertí en una persona introvertida, callada y cada vez me iba cerrando más en mí misma. Me fui dando cuenta de que Marina no se estaba comportando bien conmigo, por lo que intenté ir con otras compañeras de clase. Lo que no sabía es que Marina ya se había encargado de que eso no fuera posible. Se dedicó a hablar mal de mí a todo el mundo, cada vez que tuvo la oportunidad, dejándome completamente aislada y sola.

Ahí fue cuando empezaron los miedos. El miedo a quedarme sola. Siempre vivía con la ansiedad de qué iba a hacer cuando tuviéramos que hacer un trabajo en grupo y fuera la única que me quedara apartada. También tenía la necesidad de ser siempre la primera en recoger las cosas, porque sabía que nadie me iba esperar, sabía que, si no bajaba con alguien al patio, me quedaría sola. Ese miedo fue creciendo y cada vez estaba peor. Me iba a la cama deseando que se detuviera el tiempo para no tener que levantarme, y me levantaba llorando, pensando que mi día iba a ser igual que el anterior, que tenía que estar alerta todo el rato y no me veía capaz de aguantar un día más. Pero en realidad, lo que me estaba pasando ahora no era nada comparado con lo que venía.

Era consciente de mi situación, pero hasta este momento había sido capaz de seguir adelante pensando que solo era cuestión de tiempo y que todo cambiaría. Esa esperanza fue mermando a la largo que pasaban los días. Estaba en clase cuando se empezaron a pasar un papelito entre ellos. Llegó a mi sitio y pensé que era para mí. Lo abrí, y cuando lo leí, deseé no haberlo hecho:

—Quiero hacer mi cumple, pero no sé a quién invitar.

—Invita a toda la clase ¿no?

—Ya, pero es que no quiero invitar a Catalina y quedaría mal invitar a todo el mundo menos a ella.

—A ver, si se entera se puede liar, pero yo no la invitaría. Me pone nerviosa.

—A mí no me cae mal, pero sé que a ti sí, y como eres mi mejor amiga, si no quieres que la invite, no lo hago.

Las lágrimas amenazaban con empezar a salir y cada vez podía controlarlas menos. Doblé el papel e hice como si no hubiera pasado nada, como si no lo hubiera leído. Pedí ir al baño y nada más entrar, cerré la puerta, me senté en el suelo y empecé a llorar desconsoladamente. A lo mejor ahora puede parecer como que tampoco era para tanto, pero para mí, en ese momento, significaba todo.

Cuando volví a clase, nos habían dicho de hacer un trabajo en grupos y todo el mundo ya estaba emparejado. De esta forma, tomé la costumbre de siempre hacer los trabajos sola. Le decía a la profesora que prefería hacerlos así porque iba más rápida y no tenía que preocuparme.

En las clases también me acabé sentando apartada. Al principio, intentaba coger un sitio al lado de las demás, pero, poco a poco, empezaron a poner excusas, como que necesitaban las mesas para dejar las mochilas o que estaba ocupado por alguna que aún no había llegado. Llegó hasta el punto de que un día quise intentar juntar una mesa y una vez que ya la había movido, cuando me fui al baño, la volvieron a mover, de forma que estaba alejada del resto de la clase.

Al final me acabé convenciendo de que era lo mejor y que, de esta manera, me podía centrar en mis estudios. A estar sola en clase me fui acostumbrando, pero cuando peor lo pasaba era en las horas de la comida y en los patios, cuando en vez de descansar, me encontraba en un constante sufrimiento.

A la hora de comer, me quedaba en el colegio y también otras cuatro compañeras de clase. En el grupo me sentía excluída, pero, por lo menos, no estaba Marina y tampoco se portaban tan

mal. Al ser amigas de Marina, sí que hacían comentarios despectivos y me dejaban de lado siempre que podían, pero no era tan *heavy*.

Un día, cuando llegamos al comedor, solo quedaba una mesa vacía de cuatro personas en la zona de nuestro curso. Nos sentamos según nuestra posición en la cola y, por ello, Isa, por ser la última en la fila, se tuvo que ir a la zona de los pequeños. Me daba mucha pena verla sola y aunque sabía que, si ella hubiera estado en mi situación, no hubiera hecho lo mismo, me levanté y me fui a sentar con ella. Sabía lo que era estar sola y, por muy mal que se hubiera portado conmigo, no podía soportar la idea de que ella tuviera que pasar por lo mismo. Isa me dio las gracias y, acto seguido, se levantó a coger los cubiertos. Antes de que me diera cuenta, Isa se había sentado en la mesa donde yo estaba antes con las otras tres. Encima empezaron a reírse mientras me miraban y hablaban en escuchitas. No entendía cómo había podido ser tan cruel o cómo yo había sido tan tonta. Ahí me quedó claro el tipo de personas que eran.

Creo que nunca he comido tan rápido como aquel día y, cuando terminé, me fui corriendo al campo de fútbol a esconderme detrás de la caseta donde guardaban el material. No quería que nadie me viera llorar. Cuando estaba entrando al campo de fútbol, vi que estaba Marina con dos amigas suyas, Carla y Ana. Al verme, tuvieron la idea de lanzarme la pelota con la que estaban jugando, que acabó dándome de lleno en la cabeza. Ahora sí que ya no podía aguantarme las lágrimas y empecé a llorar desconsoladamente. Vino la profesora de guardia para ver qué había pasado. No le quería contar a la profesora el por qué había sido golpeada. No quería formar un lío, porque sabía las represalias

que tomarían conmigo, si contaba lo que habían hecho. Por esta razón, dije que simplemente estaban jugando cuando yo había pasado por el medio y la pelota me había dado.

Me mandaron a enfermería y, con la excusa de que me dolía mucho la cabeza y de que estaba mareada, me quedé toda la tarde tumbada en una camilla, esperando a que llegara la hora de irme a casa.

Al día siguiente, al entrar en clase, podía sentir todas las miradas de las chicas clavadas en mí. En ese momento, supe que se habían contado entre ellas lo que me habían hecho. Tenía muchísima ansiedad por lo que iba a pasar cuando llegara la hora del patio y no me pude concentrar en las clases. Solo podía mirar el reloj, deseando que las manecillas se congelaran y que no llegara nunca la hora de que sonara el timbre.

Tuve tiempo suficiente para mentalizarme y llegué a una conclusión: me faltaban al menos unos años para acabar e iba a tener que pasarlos con esas personas, al menos hasta que me cambiaran de clase. Decidí actuar como si los sucesos de ayer no hubieran ocurrido, a ver si todo se calmaba. En este punto, el tener amigas o no ya me daba igual, solo quería que no me hicieran esas cosas y tener a alguien con quien estar.

Al bajar al patio estábamos todas en un círculo hablando cuando, de repente, Marina gritó la palabra pájaro y se pusieron a correr. Al principio pensaba que era un juego que se habían inventado pero luego, me di cuenta de que estaban huyendo de mí.

Los días siguientes siguió pasando lo mismo, con la única diferencia de que se encerraban todas juntas en un baño y cerraban la puerta con pestillo para que no pudiera entrar.

Me acabé cansando y decidí preguntarle a Ana. Ya no me importaba que mis sospechas fueran ciertas, solo quería saber la razón por la cual lo hacían.

—Marina nos ha dicho que, cada vez que ella diga la palabra “pájaro”, tenemos que huir de ti. Hay muchas que al principio no queríamos, pero, al fin y al cabo, ella es de nuestras mejores amigas y si ella lo dice, le tenemos que hacer caso.

Esto ya sí que no lo pude aguantar. Mi primer impulso fue buscar una forma de solucionar la situación. Fui directa a Marina y le pregunté qué le pasaba conmigo. Esperaba que pudiéramos solucionar las cosas, pero en vez de hablar, me empezó a gritar.

—Eres una pesada y una pringada. A ver cuándo te das cuenta de que nadie quiere ir contigo. Huimos de ti por algo.

—Solo lo hacen porque se lo has dicho tú —le contesté, harta ya de que me ridiculizara—. Eres una mala persona.

—Solo soy la única que ha tenido el valor de decírtelo. Puede que lo haya dicho yo, pero si ellas quisieran ir contigo, simplemente no me harían caso. Eres idiota si crees que alguien querría estar a tu lado.

Miré alrededor en busca de alguien que me apoyara, pero todas se quedaron calladas, mirando hacia al suelo para evitar tener contacto visual conmigo.

Hasta aquí había llegado. Si no me querían con ellas, ya no me iban a humillar más, intentado estar en un sitio donde no era bienvenida. Dejé de intentarlo y simplemente me volví una persona invisible, encerrada en sí misma, que solo quería pasar desapercibida.

Ese año no quise celebrar mi cumpleaños por miedo a que nadie viniera. En su lugar, lo pasé con mi familia que eran los únicos que me querían. No les había querido contar nada de lo que me estaba pasando, pero habían notado que no era la misma. Por eso me regalaron extra de todo. El día de mi cumpleaños recibí un montón de regalos. En especial, me gustaron unos llaveros de dos muñecas y un boli de un unicornio que me regaló mi madre. Al día siguiente, me los llevé al colegio y a lo largo de la semana me fueron desapareciendo las cosas o algunas de ellas aparecían rotas. El boli del unicornio apareció sin cuerno después de que hubiera ido al baño en el patio. Tan solo un día después, aparecieron ambos llaveros decapitados, lo cual era demasiada coincidencia. Tuvieron la crueldad de lanzarme uno de los cuerpos de las muñecas en medio de clase para que me diera cuenta de que me los habían roto. ¿Si ya no iba con ellas, por qué no eran capaces de dejarme en paz? Ya solo quería estar tranquila.

El colmo fue cuando desapareció de mi estuche una pluma que había pertenecido a mi abuela. En el momento en el que se lo conté a mi madre montó en cólera. No paraba de reñirme, por lo que le conté que yo simplemente la tenía en mi estuche y que era imposible que la hubiera perdido. Sabía que tenía que haber sido una de las chicas de mi clase, porque era imposible que se me hubieran roto tres cosas de forma sospechosas la misma semana y que hubiera perdido algo súper importante para mí, teniendo en cuenta lo cuidadosa que era.

Mi madre fue al colegio para avisar de que había desaparecido la pluma, a ver si podían hacer algo para encontrarla e hicieron lo peor que podrían haber hecho. Lo dijeron en medio de clase de tutoría. Al momento, sentí cómo las miradas de todos se posa-

ban en mí, en especial la de Marina, lo que me sirvió de confirmación de que ella había sido la culpable. Cambié todo mi material y, a partir de ese momento, no volví a llevar algo bonito o que me gustara por miedo a que me lo rompieran.

Sin darme cuenta, estaban consiguiendo lo que querían. Yo ya no era yo, sino un reflejo oscuro y sin luz de lo que había sido.

Las profesoras empezaron a estar más atentas porque les parecía raro lo que había pasado. Yo no quería que supieran nada por miedo a las posibles represalias. Pero, al final, se acabaron enterando por su culpa, ya que yo no dije nada.

Estábamos en clase de biología haciendo un trabajo en grupo cuando un compañero de clase, Alberto, me dijo que me tenía que enseñar una cosa. Sacó el móvil debajo de la mesa y me enseñó que Marina había hecho un grupo de whatsapp con toda la clase, excepto yo, diciendo que no me hablaran. La profesora vio el móvil y, como consecuencia, el chat. Ella fue la que le acabó contando a la tutora la existencia de dicho chat y, a mitad de clase, se llevaron a Marina para interrogarla.

A la salida, me esperaba Marina con todas las demás que empezaron a insultarme y a decirme que, por mi culpa, iban a castigar a Marina. Por suerte, en ese momento llegó mi madre con el coche para recogerme y me fui corriendo, antes de que pudieran seguirme.

Cuando llegué a casa, ni siquiera quise comer. Me encerré directamente en mi habitación, me tumbé en la cama y solté todas las lágrimas que llevaba reprimiendo todo el día. Empecé a pensar en todo, en cómo era mi vida y empecé a darme cuenta de que ya no tenía sentido. Iba a tener que aguantar por lo menos

cinco años más, rodeada de esas personas asquerosas y estaba segura de que no iba a ser capaz. Simplemente no quería tener que vivir esa vida. No quería vivir mi vida.

Lo había visto en las películas, pero nunca había entendido como alguien se podía llegar a sentir así, hasta ese momento. Todavía no estaba convencida, pero, por si acaso, empecé a escribir una carta para, al menos, poder descargar toda la ira que llevaba dentro en ese papel. Necesitaba expresar todos mis sentimientos. Cuando acabé, estaba tan cansada emocionalmente que me fui a la cama a dormir aún con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Me levantó el abrazo de mi madre. Estaba confusa, no sabía qué hacía en mi habitación, pero cuando la vi llorando supe que había leído la carta.

—Cariño, ¿cómo puedes pensar que no mereces vivir? Eres la persona más maravillosa del mundo y, si unas ignorantes no lo saben ver, porque son malas personas, es su problema. Por favor ni se te ocurra, que no sé qué haría sin ti.

Y ahí, en sus brazos, me di cuenta de que, en realidad, no estaba sola, de que nunca lo había estado y que solo tenía que pedir ayuda. Iba a poder salir de esta, porque era una luchadora que ya no iba a tener que luchar en solitario.

EL CAMINO A LA ESPERANZA

M^a Isabel Castillo Navarro

Esperanza es una tortuga boba del Mediterráneo, nacida y criada en cautividad. A pesar de haber estado privada siempre de su libertad, Espe no se puede quejar, pues durante toda su vida ha estado muy bien cuidada. Su hogar siempre ha sido el Oceanogràfic de Valencia. La verdad es que su vida al principio era muy rara, porque no sentía que ese fuese su lugar, le faltaba algo, pero nunca supo el qué. Comida no le faltaba, ya que tenía siempre un montón de medusas a su disposición, compañía, tampoco, porque, aunque no había muchas tortugas, compartía acuario con: Mantelinas canarias, Sargos Picudos, Doradas, algunos Congrios e incluso alguna Morena, que, aunque al principio le asustaba un poco, con los años se dio cuenta de que era muy buena. Aunque para buena, su cuidadora Isa, cuya pasión era la

biología marina y, desde siempre, había cuidado de ella, había sido muy especial para Espe y tenían una relación muy bonita.

Un día, Esperanza notó que algo no iba como siempre, se despertó en una completa oscuridad, sentía que tenía menos oxígeno de lo normal y notaba que el agua en la que estaba se movía de lado a lado. De repente, esa sensación de vaivén se detuvo, allá donde estuviera se habían parado. Cuando más asustaba estaba, escuchó la única voz que la podía tranquilizar:

—Espe, ¿estás preparada? —le preguntó Isa. La pequeña tortuga no sabía a qué se estaba refiriendo su cuidadora.

—Es tu gran día —le continuó insinuando la joven mujer. — Hoy por fin vuelves al mar.

En ese momento, una gran sensación de intriga, temor, felicidad, angustia, tristeza, en general un poco de locura, se le vino a Espe encima. Siempre había oído hablar sobre el mar, pero jamás pensó que lo vería con sus propios ojos. Se abrió la caja en la que estaba, entre Isabel y otro chico la sacaron cuidadosamente y la pusieron sobre una mesa. Allí el veterinario, que siempre la cuidaba cuando estaba enferma, le puso un localizador GPS .

—Mucha suerte Espe, la vas a necesitar —le dijo a la tortuga. —¡Ya está lista! —exclamó a los chicos.

Y antes de que se diese cuenta, Isa le tocó por última vez la pata y con lágrimas en los ojos se despidió de ella, la mirada de amargor de Isa era profunda como el mar que tenían ante ellos, en sus ojos podía verse años de trabajo junto a Espe, todos resumidos en este preciso instante en el cual su pequeña compañera partía hacia una nueva vida.

En el primer impacto con el agua marina Espe notó la diferencia de temperatura con el agua de la caja en la que la transportaron hasta el lugar de su puesta en libertad, a unas pocas millas náuticas de la costa. Pero lo impactante llegó cuando, tras la espuma que dejó su caída, pudo abrir los ojos. El mar era enorme comparado con su acuario, no podía creerlo, el miedo de hace unos minutos se había disipado por completo y una alegría inmensa la invadió dentro de su caparazón. Por primera vez en su vida sentía que estaba en su lugar. El mar era su hogar. Espe estaba encantada, como pez en el agua, bueno como tortuga en el agua, mejor dicho. Se veía capaz de todo y se dio cuenta de que podía nadar mucho más rápido que en su acuario, solo que allí nunca tuvo suficiente espacio. Tras varios minutos disfrutando de sus primeros momentos de libertad, una sensación extraña le recorrió todo el cuerpo, no sabía muy bien qué era, como una especie de escalofrío le recorrió desde la cola, pasó por dentro de su caparazón y le llegó a la cabeza, algo le decía que debía nadar hacia el Este. Era su instinto animal, por primera vez lo sentía, era similar a cuando se acercaba la hora de comer en el acuario; aquí era igual, algo la empujaba a nadar en aquella dirección, y así lo hizo, sin perder ni un segundo se puso en camino. Tras varias horas le entró hambre, pero, por primera vez que ella recordase, tendría que buscar su propia comida, y el mar era inmenso. ¿Cómo voy a encontrar medusas aquí? Se preguntaba. Después de un rato nadando vio una medusa, además de las blancas, sus favoritas, nadó con fuerza hacia ella y ¡ÑAM! la atrapó sin problemas. Cuando notó algo rugoso, algo que no era como una medusa, no sabía igual y empezó a ahogarse, no podía respirar, tampoco podía esconderse en su caparazón, puesto que estaba atrapada en una especie de red y poco a poco se quedaba

con menos oxígeno, se dio cuenta de que podían ser sus últimos segundos de vida, hasta que de pronto otra tortuga empezó a morder y a estirar de ella hasta que consiguió libérala.

—Muchas gracias, creía que iba a morir, quería comerme una medusa, pero está claro que lo que me he intentado comer no lo era. Ojalá pudiese volver a mi casa —dijo Espe, con lágrimas en los ojos.

—Para eso estamos los de la misma especie, no te preocupes no eres la primera a la que le pasa esto, por cierto, soy Roció —dijo la tortuga que la había salvado.

—Soy Espe. He sido criada en cautividad desde que nací, pero hace poco me soltaron al mar. ¿Sabrías decirme dónde estamos?
—Continuó Espe.

—Bienvenida a las Islas Baleares. Concretamente, estamos muy cerca de Menorca, caracterizada por su luz, calma y naturaleza, territorio, en mi opinión, con las mejores calas, playas paradisíacas y un paisaje interior que enamora a todo aquel que viene a visitar la isla, aunque esto último yo nunca he tenido la oportunidad de verlo. Pero, desgraciadamente, desde hace años pasan tragedias como las tuyas y has tenido la suerte de que me has encontrado. No todos se salvan, esto sucede por culpa de los humanos que van a las playas y dejan su basura por ahí tirada y termina en el mar, donde muchas veces acaban haciéndonos mucho daño, tanto a nosotros como al agua y la flora tan maravillosa de la que está compuesto este mar. Si seguimos así, todo esto terminará y ellos no son realmente conscientes de ello; lo saben, pero no hacen caso —explicó Roció a Espe detalladamente y muy preocupada. Espe lo comprendió todo y siguieron

dialogando hasta que las dos tortugas se despidieron y cada una continuó su camino.

Las horas pasaban y la pobre Espe estaba agotada, sabía que debía seguir nadando, pero no podía más y estaba anocheciendo, así que decidió que era buen momento de nadar hacia el fondo para descansar. Descendió unos treinta metros, era la primera vez que bajaba tanto y, aunque estaba preparada, su cuerpo lo notaba. No era la mejor sensación del mundo, pero era consciente de que, si quería descansar, no tenía otra opción. Así que la buena de Espe, sin más, cavó con sus patas un pequeño espacio donde medio enterrarse. Con un poco de temor miró por si había algún pez grande que la pudiera ver y al comprobar que no, se puso a dormir como nunca lo había hecho.

A la mañana siguiente, un cosquilleo en el pico la despertó, abrió los ojos y ante ella tenía un cangrejo verde del Mediterráneo que casi la mata del susto. Sobresaltada sacudió su cabeza e hizo caer el crustáceo a la arena. No contento con haberla despertado, el pequeño animal quería pellizcarla con sus pinzas, así que tuvo que huir rápidamente del lugar, ¡menudos buenos días le había dado su primer amanecer en el mar!

El día era soleado, el mar de un color azul eléctrico en la superficie, se iba transformando cada vez en más marino a cuanta más profundidad. Era un día precioso. Una calma que nunca había experimentado fluía por esas aguas, solo un par de medusas, que le sirvieron de aperitivo, era lo poco que avistó esa mañana. Tras muchos kilómetros sin ver ni un solo pez, aparecieron de la nada unas cuantas sardinas, no eran muchas, nadaban rápido, y la curiosa Espe, sin dudar ni un solo instante, empezó a perseguirlas. Era divertido, después de un monótono día de

estar con otros animales, aunque fuera nadar a toda prisa tras ellas. No olvidemos que, al fin y al cabo Espe aún era joven y su niña interior se apoderaba a veces de ella. De pronto, aparecieron más sardinas, y unos metros adelante se les unió otro grupo. Ya no eran unas pocas, ahora eran un montón, pero Espe sabía que no le podían hacer nada, eran demasiado pequeñas y no tenía miedo. De un momento a otro, se vio envuelta en una enorme bola de peces que hacía formas preciosas e inimaginables, cada vez que los millones de sardinas giraban sus cuerpos hacia la superficie, el reflejo de las escamas la dejaba ciega por unos instantes. Era una situación completamente nueva para Espe. El olor intenso a pescado era palpable en su nariz, pero no era por los peces en los que se veía envuelta, era otra cosa, como cuando tiraban el cebo a sus compañeros de acuario, en el Oceanográfico, era olor a pescado muerto...

Antes de que se diera cuenta Espe estaba sumida en el caos más absoluto, cientos de gaviotas caían en el mar, como si de aviones de guerra se tratara, cogían las sardinas por docenas. Por su izquierda, de repente, apareció un tiburón azul, llamado tintorrera, de unos dos metros y medio y 75 kg. Además, no era uno solo, por lo menos 5 irrumpieron con una fuerza desmedida en el banco de sardinas, dejando tras de sí toda una masacre. Sin comerlo ni beberlo, la joven Espe se vio sumida en un completo caos del cual era consciente que debía salir. Las sardinas aterrizadas por sus perseguidores se chocaban con fuerza contra su caparazón. Angustiada, Esperanza buscaba alguna opción de salida, pero se había metido en un gran laberinto del cual era imposible salir. Un atún, de los que estaba aprovechando el caos del momento para almorzar, la golpeó a gran velocidad y la desestabilizó por completo. En aquel momento una enorme red

de unos diez metros de diámetro cayó sobre todos los animales, atrapándolos con sus hilos y dejando a todos inmóviles, el caos del momento se detuvo, todas las sardinas se quedaron quietas, y Espe se dio cuenta de que estaba en grandes problemas. Millones de sardinas, un par de atunes y ella se dirigían a gran velocidad hacia la superficie sin que pudieran hacer nada por evitarlo. Nuestra pequeña se encontraba en la parte superior de la red, y nada más el aire de la superficie entró por su nariz, una gran cantidad de sardinas le cayeron encima. Eran tantas que, pese a su tamaño, eran muy pesadas.

—Vamos chicos, ya casi están— dijo alguien desde el barco.

Espe acababa de descubrir lo que era un barco pesquero, pero, sobre todo, lo que era la pesca. Después de unos pocos segundos suspendidos en el aire, comenzaron a bajarlos por la zona de estribor, cayendo así en la parte derecha de la embarcación. La escena era terrorífica para Espe, sabía que, aunque Isa era una humana muy buena, no todos eran así, muchas veces le habían golpeado durante horas en su acuario de forma muy molesta, pero además estos humanos la habían encerrado y subido al barco junto a todos esos peces sin ningún motivo. Los dejaron con la red encima varios minutos, las sardinas comenzaron a morir sobre Espe, los saltos que daban hacía unos segundos ya eran escasos, y daba la impresión de que los únicos que aguantaban eran ella y los, ya también, exhaustos atunes. Espe se encontraba tan enterrada bajo aquellos peces que no era visible para sus captores. Ya estaban todos inmóviles cuando les quitaron de encima la pesada red y comenzaron a recoger las sardinas con grandes cubos y a meterlas en neveras con hielo.

—Mira Pepe, hay una tortuga —dijo con asombro uno de los pescadores.

—Sí, es una boba, la pobre debe haberse quedado atrapada cuando subíamos la red —respondió otro hombre. Todos en la embarcación se detuvieron durante unos segundos para observarla.

—Es hermosa —dijo otro mientras le sacaba una foto.

—Esta es para mi hija —comentó, sonriendo a la pantalla.

Una sensación de felicidad y a su vez de pesar por el anhelo de su hogar conmovió de golpe a toda la tripulación, un momento así era suficiente como para hacer que unos hombres fuertes cayeran conmovidos ante la belleza de aquel animal. Los meses en el mar eran terriblemente duros para ellos, demasiadas noches fuera de su hogar, sin ver a sus esposas y sus hijos, y todo momento era bueno para acordarse de sus más queridos.

—Bueno, chicos, creo que es hora de devolver a esta pequeña al agua —dijo el capitán. Y entre Pepe y el otro hombre que antes le tomó la foto la devolvieron al mar.

Tras su incidente, las semanas para Espe pasaron sin mayores complicaciones ni nada demasiado destacable. Seguía nadando lenta, constante y con la seguridad de un continente camino al este. Se acercaba sin saberlo a la costa de Sicilia, una gran isla de Italia. De allí eran los siguientes animales que conoció Espe durante su larga travesía, una familia de delfines calderón gris, unos cetáceos, a los que les encantan las cálidas aguas que ofrece el archipiélago italiano, miden unos tres metros y medio, tienen el pico corto, y, como su nombre bien indica, son de color gris. Como buenos delfines, les encanta pasárselo bien haciendo sus

piruetas, jugar con todo lo que encuentran y hacer trastadas a otros animales.

La buena de Espe estaba nadando tranquilamente hasta que la empezaron a perseguir, y a pasársela de uno a otro con las colas. Los delfines eran un reducido grupo de 5 jóvenes machos, que la habían tomado esa mañana con la pobre tortuga. A cada coletazo, a Esperanza se le removía el interior del caparazón, era muy molesto, ya que sentía que le estaban haciendo perder el tiempo, y la sensación de que cada vez le quedaba menos para llegar al este estaba instaurada dentro de su pequeña cabeza desde hacía muchos días. Tras un duro aletazo de uno de los delfines, Espe decidió que ya era hora de poner punto y final a la situación y, con todas sus fuerzas, mordió al siguiente delfín que intentó golpearla tan fuerte que hasta notó la sangre en su boca. Los jóvenes delfines comenzaron a huir a gran velocidad, tan rápido que eran completamente inalcanzables para la tortuga, que era tozuda e insistió en que les daría una lección. Nadó y nadó tras ellos, pero eran inalcanzables, sobre todo, cuando se adentraron en una zona en la que notaba que el agua era más rápida. Podía ver con sus ojos color azabache el minúsculo plancton fluir a gran velocidad por el agua, y, sin pensarlo, se adentró en ella. Podía nadar a gran velocidad sin apenas hacer fuerza, nuestra protagonista había descubierto, sin quererlo, las corrientes marinas, que la ayudarían a llegar mucho antes a su destino, y todo porque unos delfines habían comenzado a molestarla al principio del día, como se suele decir: “no hay mal que por bien no venga”.

Espe, ahora mucho más rápida, ligera y descansada que antes de conocer las corrientes, seguía su camino sin mayores dificultades. Se encontraba cerca de las costas del sur de la península

itálica, y sin saberlo en una de las rutas marítimas más concurridas y activas del Mediterráneo. La corriente, que durante tantos días la guió, ahora se detiene y toca volver a la faena, nadar con fuerza para seguir recorriendo distancia, como si de una traga millas se tratara. Tras varias horas recorridas, Espe empieza a estar hambrienta. La corriente estaba siempre llena de todo tipo de medusas, pero ahora debía volver a buscar su alimento. De la corriente, además, había adquirido unos nuevos compañeros de viaje: dos lapas, que se le habían enganchado hacía ya varios días al caparazón y, aunque no eran demasiado pesadas, sí eran un poco molestas para ella. Tras un rato vio una medusa clavel de buen tamaño, se apresuró hacia ella y, antes de que se diera cuenta, ya estaba entre sus fauces.

Mientras se tragaba la medusa carmesí, empezó a notar una vibración en el agua, estaba apenas a metro y medio de la superficie y veía que, aunque el cielo estaba nublado, no había indicios de lluvia, por lo menos hasta el momento. No sabía qué ocurría, ya que cada vez la sensación era de mayor intensidad, viró sobre sí misma y se dio cuenta de que justo detrás de ella tenía el barco más grande que había visto jamás. El *Harmony of the seas*, un crucero de 362 metros de eslora, que dejaba boquiabierto a cualquier persona, un auténtico coloso de los océanos de dimensiones inimaginables, una auténtica obra de arte de la ingeniería moderna, pero a Espe no le parecía muy buena idea quedarse a observarlo, sobre todo, porque se dirigía directa hacia ella, con una velocidad máxima de 22 nudos, mientras que Esperanza apenas alcanzaba los 10, así que era consciente del grave peligro que corría si se quedaba allí. Rápidamente, comenzó a nadar hacia uno de los lados de la posición en la que se encontraba, sabía que, si nadaba hacia delante, no tenía ni la más mínima posibilidad de

sobrevivir. El problema es que la anchura del barco también era impresionante, casi setenta metros de ancho, o lo que es lo mismo, dos canchas de tenis. Espe debía apresurarse y nadar los 35 metros más importantes de su vida hacia alguno de sus costados. El impacto con aquel coloso de acero sería seguro fatal para ella. Era evidente que aquel barco debía de llevarse por delante la vida de varios animales cada día, pero Espe no estaba dispuesta a morir, hoy no. Nadó con todas sus fuerzas hacia su lado derecho. Su motivación era clara debía sobrevivir y llegar al este. Iba a estar muy justo, cuanto más parecía que lo lograba, más cerca estaba el barco. Era completamente inevitable que ocurriera. El impacto era inminente, apenas 5 metros la separaban del buque y estaba a apenas 2 metros de su salvación. Cerró los ojos y todo lo que ocurrió después fue muy deprisa, una gran fuerza movió a una conmocionada Espe, que no era consciente de si lo había logrado o no, pero la fuerza no fue del impacto, sino de la estela que dejaba el barco.

Lo había logrado, había sobrevivido. La gran embarcación la trasladó a muchos metros de distancia y las hélices, posteriormente, otro buen trecho. Tras esto, el olor a gasolina, que dejaba a su paso el enorme crucero, le impregnó los pulmones de un insostenible olor a tóxico. Espe era consciente de que había estado muy cerca de morir otra vez, pero tras unos minutos de sobresalto, y, una vez bajaron tanto las pulsaciones como la adrenalina, pudo pensar en lo que había hecho. Se sentía orgullosa de haberlo logrado y con más fuerzas y ganas que nunca para afrontar sus últimas semanas de viaje, lo podía sentir, estaba cerca de lograrlo.

Las semanas pasaron y Espe seguía nadando, convencida de sí misma, sabía que le quedaba poco para llegar a su destino y

estaba más motivada que en toda la travesía. Su paso por las Islas Baleares y la costa italiana ya no eran más que un recuerdo, y su próximo destino era Grecia, a su vez el final del viaje, ella lo sentía. Ya casi se podían ver las islas Helenas en el horizonte, junto a un precioso atardecer, el cielo estaba despejado y una calma chicha inundaba el ambiente. El cielo rojizo era intenso, las pocas nubes que había tenían un color naranja flúor, debido a la baja intensidad de un sol que había perdido fuerza, dando paso a una noche que estaba a escasos minutos de interrumpir la que era la estampa más bonita de todo el viaje. La joven Esperanza era consciente de que muy pronto alcanzaría el objetivo por el que tanto había luchado. Y, como cada noche, buscó un buen lugar en el fondo marino para poder descansar un rato. Nada podía hacer sospechar a la pobre tortuga de lo que ocurriría pocas horas más tarde.

Los marineros de donde ella proviene, Valencia, tienen una famosa frase que dice así: “Cel rogent, pluja o vent”, o como en este caso ambas.

La llamaron “Daniel” y aún, a día de hoy, sigue siendo considerada una de las tormentas más grandes que jamás se han registrado en el Mediterráneo. Afectó, gravemente, las costas griegas y del Líbano, causando tras de sí muchísimos desperfectos en dichos países, sobre todo en las costas que sufrieron varias mangas marinas que destrozaron todo a su paso. Estas súper tormentas hace unos años eran impensables en nuestro mar y cada vez son más comunes de una forma muy preocupante.

Justamente, esta pilló por sorpresa a nuestra protagonista. Aunque Espe había vivido durante su viaje varias tormentas, nunca había visto nada igual y no sabía cómo actuar. Los peces

iban de lado a lado, surcando las olas. Todo era caos. Desde el fondo del mar se podían ver los destellos de color amarillo a causa de los rayos. Grandes estruendos se oían fuera del agua, Espe no sabía qué hacer. ¡Estaba tan cerca de lograrlo!, pero a la vez sentía que este, una vez más, podía ser su final! Afortunadamente, la tormenta pasó, esta pesadilla volvió a quedar como una anécdota para la tortuga y Esperanza pudo continuar su camino.

Y tras un par de días más, llegó el momento, su momento. En la época casi más cálida del año, llegó a Grecia, a las islas Helenas. Por fin, lo había comprendido, entendía porqué su yo interior la había movido hasta aquel lugar. Estaba allí para encontrar y poder unirse a los de su especie. Una colonia de tortugas boba la esperaba. Cada una de ellas tenía un color más impresionante que la anterior. Las había de muchas tonalidades: amarillas, marrones, verdes, había tanto machos como hembras. Desgraciadamente, no eran muchas, ya que esta especie se encuentra hoy en día en peligro de extinción a causa de los seres humanos: la destrucción de su ambiente natural por la urbanización, la deforestación, la pesca, la caza furtiva de sus huevos y el cambio climático son unas de las principales causas de esta desgracia.

Esperanza, por fin, era feliz. Llegó a un lugar lleno de tortugas como ella. Su viaje había concluido. Después de muchos años, había encontrado su verdadera casa. Los humanos debemos cuidar nuestros mares para que animales como nuestra querida Esperanza puedan seguir existiendo para toda la eternidad.

UN ABRAZO, UN POEMA Y UN BESO

Rocío Iborra Palacios

—Lo primero de todo —comenzó el director de la organización, proyectando su voz con firmeza—, gracias a todos por acudir a este evento y darnos tanto apoyo en el desarrollo de un mundo mejor. Es un honor para nosotros estar siendo retransmitidos a través de las cadenas de televisión de todo el mundo. En ningún momento esperábamos tener tanta repercusión.

El hombre hizo una pequeña pausa, creando expectación entre los asistentes.

—Hoy celebramos el centenario de la ONG UMM, Unidos por un Mundo Mejor, una entidad nacida de la urgencia de transformar nuestra realidad. Gracias a la unión y colaboración de todos los países del mundo, este cambio se está haciendo posible.

«Llevamos años dedicados a la investigación y a la lucha, con el firme propósito de construir un mundo donde las injusticias solo sean historias del pasado, donde la palabra “enemigo” solo se mencione en el diccionario y “guerra” quede relegada al ámbito histórico. —El director regaló una sonrisa a una de las cámaras que le enfocaba—. Sin todos ustedes, sin sus aportaciones, este proyecto no sería posible y por ello les damos las gracias.»

Un nuevo vitoreo por parte de los espectadores obligó al hombre a interrumpir su discurso.

—Sin embargo —prosiguió—, esta ONG no existiría si no fuera por la información que ha llegado hasta nuestros días sobre las condiciones de injusticia y pobreza en las que, a principios del siglo XXI, vivían millones de personas. Hoy, en el año 2155, conocemos ese periodo como la “Época Ignominiosa”, donde las guerras, el odio y la codicia eran palpables en todo el mundo.

—Esta información nos llegó en forma de historias, que fueron la semilla que dio origen a nuestra organización. Provocaron que un grupo de personas tomara conciencia de las desigualdades existentes en el mundo y empezaran a actuar para cambiarlo. Al comienzo, era una congregación muy reducida, pero a una velocidad vertiginosa nuestra organización fue expandiéndose por todo el mundo y hoy en día podemos sentirnos orgullosos de que todos los países formen parte de ella.

—Hoy, lamentablemente, los protagonistas de estas vivencias no pueden acompañarnos, pero no por eso dejan de merecer un reconocimiento de nuestra parte —de nuevo un fuerte aplauso inundó todos los rincones del mundo—. Muchas de sus historias

se han acabado perdiendo. Sin embargo, tres de ellas destacaron sobre el resto y han dado nombre al lema de nuestra organización: UN ABRAZO, UN POEMA Y UN BESO. A continuación, se van a dar a conocer estos tres relatos. Por favor, hagan silencio y presten atención.

* * *

PRIMERA HISTORIA (Anónimo) Encontrado en Texas.
(2037)

Sin haberse podido acostumbrar al incesante retumbar de las bombas cayendo a su alrededor, una niña de apenas 8 años llora, acurrucada entre los escombros. Unas lágrimas desconsoladas surcan su rostro, arrastrando a su paso la suciedad que tiene pegada en la cara. Sus pequeños y fibrosos brazos, a causa de la desnutrición, rodean el cuerpo de su hermano menor e intentan consolarlo e infundirle cariño y calor.

Por cada bomba que estalla, un gemido ahogado escapa de su boca; por cada explosión, un escalofrío estremece a la pequeña; y por cada día que pasa, su corazón se agrieta un poco más y su esperanza se evapora.

Lo más desolador no es la falta de alimento, ni la suciedad y destrucción que les rodean. Lo más desgarrador es la soledad en la que se encuentran. Su única compañía es el miedo, cada vez más grande, y la muerte, cada vez más cercana.

Tiene grabado a fuego, como si fuera una de las heridas de su piel, cómo fue perdiendo a su familia, poco a poco. Primero fue su hermano mayor: un día llegó un grupo de hombres armados a su casa, aporreando la puerta y haciendo saltar las bisagras. Buscaban a su hermano, pues tenía 19 años y debía defender el

país. Pero un hombre en el frente se podía considerar muerto. Todas las noches evoca los gritos desgarradores de su madre, llorando desconsolada ante la ineludible pérdida de su primogénito. Meses después, sus padres se reunieron con él. Lo único que recuerda la niña es su casa destruida por culpa de una bomba y la certeza de que, aunque no los pudiera ver, las vidas de sus padres se habían quedado enterradas bajo los escombros.

Todos estos recuerdos se amontonan en la cabeza de la pequeña, cada día más extenuada. Las pocas fuerzas que le quedan las emplea para abrazar a su hermano e infundirle todo el amor posible.

“¡Qué injusto!”, —piensa—, “yo también quiero un abrazo... uno de mamá y otro de papá”.

Consumida por el cansancio y el miedo, poco a poco se duerme, con la incertidumbre de si, al día siguiente, el sol tendrá el coraje suficiente para volver a salir y si podrá volver a sentir cómo sus rayos le acarician la cara, secándole de lágrimas.

De repente, un fuerte ruido despierta a los niños. “Una bomba” —deduce rápidamente la chica. Sin embargo, esta vez ha caído demasiado cerca y un agudo pitido resuena en sus oídos.

La última escena que pasa por su mente es la imagen de toda su familia dándose UN ABRAZO.

* * *

SEGUNDA HISTORIA. Este relato ha sido reconstruido a partir del contenido de diversos papeles con poemas garabateados, hallados en Italia, entre las ruinas de una fábrica. (2042)

Un pitido saca de su embelesamiento a Mubarak, que se había quedado absorto en sus pensamientos. Se estaba imaginando libre. “Libre, qué término tan curioso, ¿cómo sería sentirse libre...?”

Un golpe seco en la cabeza le devuelve a la realidad, a su infierno. Uno de los capataces le grita que trabaje más rápido. Mubarak se reprime para no dejar escapar un gemido de dolor, pues solo le acarrearía más problemas.

Durante doce largos años ha visto forjada su vida en esa fábrica, años de tortura en los que solo ha visto la luz del sol durante sus sueños, cuando le dejan dormir unas pocas horas antes de volver a la fatigosa faena.

Su única vía de escape es crear versos, poemas o lo que pueda, donde pueda y cuando pueda. Escribe porque no puede gritar, porque no puede salir de ese lugar y esa es su forma de escapar, de evadirse de la cruda realidad que lo rodea. Mubarak es uno de los pocos esclavos para el que las letras no son símbolos sin sentido. Tuvo la fortuna de aprender a escribir antes de que, con apenas once años, un grupo de hombres armados arrasara su pueblo por completo. Se llevaron a todos los ciudadanos que tenían la suficiente fuerza como para ejercer de esclavos, y a aquellos que ya tenían demasiada edad para servirles, los ejecutaron. Pero no solo se lo llevaron a él y a los otros niños, también les arrebataron su libertad, su familia, su infancia y el cariño de sus seres queridos.

Todavía recuerda el primer día que entró en la fábrica, acompañado del miedo. Desde ese instante, toda su vida se vio atrapada en un ciclo repetitivo: todos los días las mismas tareas,

los mismos golpes y el mismo sufrimiento. A sus once años se vio encerrado en un taller, trabajando al lado de hornos a altas temperaturas, desprovisto de cualquier tipo de protección, y siendo alimentado con lo mínimo para subsistir y poder seguir llevando a cabo los trabajos físicos que le eran exigidos. De todos los niños que entraron junto a él, es de los pocos que continúa con vida. El resto ha ido falleciendo, ya sea por inanición, por puro cansancio o a base de golpes de los jefes, por culpa de un mínimo error o por no estar trabajando a la velocidad que se les exigía.

Durante los descansos, Mubarak le reza a Dios para pedirle compasión. En sus poemas escribe sobre la libertad, sobre la sensación del aire acariciando caras, enredando pelos y silbando al compás de las risas de niños. La mayoría de los poemas están protagonizados por su mejor amigo, Sunil. Más que amigo, lo consideraba su hermano; se había criado con él y entraron juntos a la fábrica.

Desgraciadamente, hacía unos meses, Sunil había enfermado y, debido a una fuerte fiebre, no había podido continuar con las arduas tareas. Los capataces, al constatar que ya no les era de utilidad, se limitaron a pegarle un tiro en la sien y a ordenarle a uno de los trabajadores que lo arrastrara fuera de la fábrica. Mubarak todavía recuerda cómo, con las lágrimas rasgándole el corazón, se despedía de su amigo, con sus manos puestas en las de su compañero. Se había quedado junto a él hasta el último momento que le fue posible, llorando y rezando.

Ahora, antes de dormir, rememora los tiempos pasados con Sunil, y pide por él. Guarda todos los recuerdos en unos poemas, que conserva con pasión en diferentes lugares de la fábrica o

entre sus harapos. Unos poemas que representan su vida, su sufrimiento y sus deseos. Todas sus palabras, se convierten en poemas, siempre POEMAS.

* * *

TERCERA HISTORIA. Difundida por las redes sociales durante el año 2050. Se sospecha que procede de África.

Se aferra a la mano de su madre mientras contempla el rostro inerte de su padre. La mente de Sarah se halla inmersa en un torbellino de pensamientos que chocan y se entrelazan unos con otros, impidiéndole pensar con claridad.

Se halla en una estancia junto a otros diez pacientes, una cantidad exagerada para el reducido habitáculo. No es extraño que trozos de la pared se desprendan ocasionalmente, ni que se vean ratones correteando de esquina a esquina, intentando aprovechar alguna de las migas que se les caen a los enfermos al comer.

Está junto a una cama de hospital, maldiciendo la enfermedad que le ha arrebatado a su padre y que, junto a él, se ha llevado una parte de su corazón.

Abrazada a su madre, evoca todos los momentos que ha vivido junto a él. Recuerda aquellos tiernos momentos cuando era pequeña y, antes de dormir, se acurrucaban juntos en su cama. Él le narraba cuentos y ella se dejaba mecer por las palabras de su padre que, con los labios impregnados de cariño, al final de la historia le daba un beso de buenas noches y le deseaba dulces sueños.

También sigue en su memoria todas esas veces en que, por correr, saltar o hacer cualquier otra travesura, se hacía daño y,

con la ternura reflejada en sus ojos, su padre le curaba las heridas.

Pero, por encima de todo, tiene un recuerdo guardado en el fondo de su corazón, debajo de capas y capas, protegido con cadenas, para que nada pueda alcanzarlo y arrancárselo: cuando su padre la llevó por primera vez a un lago cercano a su hogar, donde aprendió a sujetar una caña de pescar y donde, desde aquel día inaugural, pasaron juntos todo el tiempo que les fue posible.

Unas semanas atrás, su vida era perfecta. Sin embargo, hace un mes, todo su mundo se empezó a desmoronar. Su padre empezó a encontrarse mal, las narraciones nocturnas se vieron interrumpidas por una tos seca y una fiebre alta, y los viajes al lago cesaron abruptamente.

¿La causa? Una simple gripe. ¿El culpable? Un sistema sanitario que, debido a las limitaciones de recursos del país, no pudo hacer nada por salvarle.

Sarah mira a su alrededor y observa a los otros pacientes de la sala. Se pregunta cuántos de ellos tendrán el mismo final desolador que su padre.

Ahora, frente al inmóvil rostro de su padre, vuelve a cerrar los ojos con fuerza, lleva sus temblorosos dedos a los labios y después los dirige al cielo. “Para ti, papá —susurra para sí— UN BESO”.

* * *

La narración concluyó. Durante unos segundos, ninguna voz cortó el silencio que se había instaurado. No solo en la sala

donde estaba teniendo lugar la celebración, sino en todo el mundo. Nadie osaba manchar con palabras vacías el momento lleno de emociones que habían creado las historias de aquellos tres desconocidos.

Con pasos lentos y ceremoniosos, el director de la organización se acercó al atril e inició un último discurso:

—Como ven —hizo una pausa para deslizar sus ojos por toda la audiencia— estos relatos muestran las repercusiones que tienen el odio, el ansia de poder y la codicia del ser humano. Hace un siglo nos dimos cuenta de que, si no actuábamos para cambiar la situación, nosotros mismos seríamos el cianuro que nos acabaría envenenando. Estas historias nos motivaron a actuar, a dejar de pensar en nosotros mismos, abandonando el “yo” y sustituyéndolo por el “nosotros”.

En los testimonios, la primera niña ansiaba un abrazo. No pedía dinero ni un móvil, solo anhelaba un abrazo. Desde la UMM pensamos que, en ningún momento, este debería ser el deseo incumplido de ningún ser humano. Hoy en día, la situación de esta niña no habría tenido lugar.

Actualmente, los líderes gubernamentales optan por el diálogo y la paz en lugar de sucumbir a la codicia o recurrir a mentiras tras las cuales se esconden misiles capaces de destruir familias y corazones.

De esta manera, todos los niños siguen recibiendo abrazos de consuelo cuando lloran en mitad de la noche por una pesadilla que les perturba el sueño, pues siempre se encuentra el consuelo a través de abrazos, por eso esta palabra forma parte de nuestro lema.

En el segundo caso, un hombre soñaba con la libertad, sin acordarse muy bien de lo que es exactamente. No debería haber sido así nunca; nadie debería tomarse en ningún momento la licencia de privarnos de nuestra libertad. Además, se encontraba explotado, trabajando en unas condiciones infrahumanas.

Afortunadamente, hoy en día todos los ciudadanos pueden disfrutar de un empleo en condiciones, donde son tratados con respeto, teniendo en cuenta sus horas de descanso, una retribución económica justa y permitiendo un desarrollo profesional adecuado.

La forma que tuvo Mubarak de evadirse fue a través de los poemas, escribiendo en vez de gritar. Por recordar siempre su nombre hemos decidido incluir la palabra “poema” en nuestro lema.

Por último, una niña sufrió la pérdida de su padre por no disponer de un sistema de salud desarrollado. Acompañada de muchas otras situaciones parecidas, esta historia nos hizo reaccionar. En la actualidad, todos los países se apoyan entre ellos para poder tener un sistema de salud que permita mejorar la calidad de vida de sus ciudadanos, hacer frente a las enfermedades e investigar en el desarrollo de nuevos tratamientos médicos.

Que ninguna enfermedad curable sea la causa de que un padre no pueda darle más besos a sus hijos. Los besos son formas de infundir cariño y por la gran importancia que consideramos que tienen en todas las familias, hemos hecho que la palabra “beso” forme parte de nuestro lema.

En definitiva, “un abrazo, un poema y un beso” nos define, nos empuja a continuar y a luchar por tener un futuro mejor.

Sin embargo, nuestra lucha no se limita a estas tres cosas, —cada vez la voz del director tenía más fuerza— también nos esforzamos por reducir la contaminación, proteger la naturaleza, promover una educación de calidad, suministrar suficiente alimento y agua potable, y podríamos continuar con una larga lista.

Desearíamos viajar al pasado y hacerles ver a todas las personas del siglo XXI que el cambio es posible, que un futuro mejor es factible y que la transformación está en nuestras manos—.

Antes de que la retransmisión se cortara definitivamente, el director dijo unas últimas palabras:

—Por último, les invito a tener presente lo que nos ha traído hasta aquí y lo que nos llevará a un futuro mejor: “UN ABRAZO, UN POEMA Y UN BESO”.

